George Rudé

LA REVOLUCION FRANCESA



javier vergara editor
Buenos Aires/Madrid/México/Santiago de Chile

INDICE

I **Introducción** 15

1 ¿Por qué hubo una revolución en Francia? 17
2 Los historiadores y la Revolución Francesa 31

II **Los primeros años** 47

1 Como empezó la Revolución 49
2 1789: La Revolución "burguesa" 63
3 La Revolución "popular" 77

III **La monarquía constitucional** 93

1 Los "principios del '89" 95
2 La Constitución de 1791 99

IV **La lucha por el poder** 111

1 La caída de la monarquía 113
2 Girondinos y jacobinos 125
3 Jacobinos y *sans-culottes* 137
4 El gobierno "revolucionario" 149
5 Termidor 163
6 Una república de "propietarios" 169

Título original
THE FRENCH REVOLUTION

Edición original
Weidenfeld and Nicolson

Traducción
Aníbal Leal

Diseño de cubierta:
Cicero Ted Bates Publicidad

© 1988 by George Rudé
© 1989 by Javier Vergara Editor S.A.
San Martín 969/Buenos Aires/Argentina.

ISBN 950-15-0910-9

Impreso en la Argentina/Printed in Argentine.
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723.

Esta edición terminó de imprimirse en
VERLAP S.A. - Producciones Gráficas
Vieytes 1534 - Buenos Aires - Argentina
en el mes de abril de 1989.



I – Introducción

1

¿POR QUE HUBO UNA REVOLUCION EN FRANCIA?

¿Por qué hubo una revolución en Francia en 1789, pero no en otros lugares de Europa? Es verdad hasta cierto punto, que Bélgica y Polonia habían presenciado algo semejante a rebeliones nacionales, contra los austríacos y los rusos respectivamente. En las Provincias Unidas –la actual Holanda– hubo un intento, aunque abortado, de revolución política protagonizado por los "patriotas", y en Ginebra en 1768, un golpe de Estado, por los burgueses de la ciudad, que durante un año inclinaron a su favor el equilibrio de la Constitución. Pero en ninguno de estos conflictos hubo una victoria decisiva de un grupo social sobre otro; ninguno fue "democrático", en cuanto ninguno trasladó, o tuvo la intención de trasladar el peso de la autoridad política a la nación en general, y ninguno avanzó, en sucesivas etapas, hasta conseguir una transformación completa de la sociedad existente. Eso sucedió únicamente en Francia; y si bien alguno de estos países, y también otros, más tarde, siguieron el rumbo trazado por los cambios revolucionarios realizados en Francia, ésta no es la cuestión que nos interesa aquí.

Entonces, ¿por qué hubo una revolución de esta clase en Francia? Los historiadores, que tienden a leer retrospectivamente la historia, han respondido de distintos modos a la pre-

gunta, de acuerdo con sus propios prejuicios o los de sus contemporáneos, y en el próximo capítulo consideraremos ese material. Pero comencemos con una breve introducción a la sociedad francesa del *ancien régime*, así como a su gobierno y sus instituciones; un modo de levantar el telón sobre los dramáticos hechos que comenzaron a desarrollarse en 1789.

Podemos describir a la sociedad francesa del siglo XVIII como una suerte de pirámide, cuya cima estaba formada por la corte y la aristocracia, el centro por las clases "medias" o burguesía, y la base por las "órdenes inferiores" de campesinos, comerciantes y artesanos urbanos. En sí mismo, esto no sería nada nuevo: un modelo análogo podría ajustarse a la sociedad de otro cualquiera de los países europeos contemporáneos. De modo que, para hallar el rasgo distintivo de la sociedad contemporánea francesa, debemos buscar otra cosa: la pirámide social francesa estaba agobiada por las contradicciones, tanto internamente como entre sus partes constitutivas, pues tenía una monarquía que, aunque en teoría absoluta, llevaba en sí misma la simiente de su propia decadencia; una aristocracia que, si bien privilegiada y en general rica, alentaba un profundo resentimiento motivado por el hecho de que se la había excluido largo tiempo de los cargos; una burguesía que, aun gozando de creciente prosperidad, veía negadas su jerarquía social y una participación en el gobierno acorde con su riqueza; y campesinos que, por lo menos en parte, estaban adquiriendo más cultura e independencia, y sin embargo aún recibían el trato que se dispensa a una bestia de carga, despreciada y recargada de impuestos. Más aún, estos conflictos y las tensiones provocadas por ellos comenzaban a agudizarse a medida que avanzaba el siglo.

Ahora, examinemos un poco más atentamente estos problemas, partiendo de la base de la pirámide y elevándonos hacia su cima. En general, los campesinos de ningún modo eran tan pobres y estaban tan sometidos como sucedía en muchos países contemporáneos europeos. Hacia el fin del *ancien régime*, quizá una de cada cuatro familias campesinas era dueña directa de su tierra; comparativamente pocos eran prósperos *coqs de village* ("gallos de aldea"), algunos eran *laboureurs* (pequeños propietarios) relativamente prósperos, y otros ciertamente (como lo observó Arthur Young, observador inglés contemporáneo, en sus *Travels in France*), eran "pobres... y miserables, situación atribuible a la minuciosa división de sus pequeñas fincas entre todos los hijos". La mitad o más de los campesinos estaba formada por *métayers* (medieros) pobres que no tenían capital y compartían su producción con los terratenientes sobre la base de la división en partes iguales, y una cuarta parte más estaba constituida por trabajadores sin tierra o peones que trabajaban por salario y arrendaban minúsculas parcelas. A su vez, la ecuación tenía en su lado positivo el hecho de que menos de uno de cada veinte –sobre todo en las propiedades de los nobles o los eclesiásticos del este– eran siervos, aunque no estaban totalmente atados a la tierra ni privados de la justicia real. Pero aunque sus inhabilidades legales eran menos opresoras que en muchos otros países, el campesino francés soportaba una pesada carga de impuestos: pagaba diezmo a la Iglesia; *taille* (un impuesto directo sobre el ingreso o la tierra); *vingtième* (un impuesto del "vigésimo" sobre el ingreso); *capitation* (impuesto per capita sobre el ingreso) y *gabelle* (impuesto sobre la sal) al Estado; y en beneficio del *seigneur* (señor) de la propiedad, que podía ser lego o eclesiástico, afrontaba una variada serie de obligaciones, servicios y pagos, que iban desde la *corvée* (trabajo forzado en los caminos) y los *cens* (renta feudal en efectivo) al *champart* (renta en especie) y los *lods et ventes* (impuesto aplicado a la transferencia de propiedad); o, si no era dueño directo de su tierra, quizá tenía que pagar por el uso del molino, el lagar o el horno de pan del señor. El agobio de estas cargas, como la jerarquía del propio campesino, variaban mucho de una región a otra y en algunas áreas no eran muy gravosas. Pero durante los años de malas cosechas y crisis, se convertían en cargas universalmente irritantes e intolerables, y éste fue un problema que aumentó al avanzar el siglo, lo mismo que los agravios de las clases medias, sobre los que volveremos más adelante.

La nobleza o aristocracia –para los fines que aquí nos interesan son lo mismo– se dividían en dos grupos principales: la *noblesse d'épée* (la tradicional nobleza "de la espada") y la *noblesse de robe*, antes burgueses acaudalados que, a partir del siglo XVII, habían adquirido derechos hereditarios de nobleza gracias a la compra de *charges*, o cargos, en la burocracia real. Gracias a estos privilegios podían ocupar cargos como los de se-

cretarios o intendentes, y tenían acceso a los Parlamentos, las grandes corporaciones legales que en los períodos de gobiernos débiles y divididos y gobernantes ociosos o incompetentes, podían ejercer autoridad política negándose a registrar los edictos oficiales. Desde la época de Luis XIV se habían negado dichos cargos a la nobleza más antigua, como castigo por el papel negativo que había representado en las guerras civiles de las Frondas de fines de la década de 1640 y principios de la de 1650.

Aunque esta nobleza más antigua continuaba alimentando resentimientos a causa de su exclusión de los altos cargos, conservaba el privilegio de ocupar los principales puestos militares y, en su condición de dueños de las grandes propiedades, ejercían los derechos de los antiguos señores feudales del lugar: derechos de justicia y vigilancia local, derechos de monopolio, por ejemplo el derecho exclusivo de cazar y tener un molino, un horno o un lagar *(banalités)*, y sobre todo, el derecho de exigir de sus campesinos rentas y servicios de carácter feudal. Además, los miembros de la nobleza francesa en conjunto, fuesen miembros del grupo de la "túnica" o de la "espada", gozaban de un nivel considerable de libertad respecto de los impuestos directos. Eran prácticamente inmunes en relación con el pago del principal y el más oneroso de estos impuestos, la notoria *taille* (aplicada al ingreso estimado y la tierra), y también en medida considerable evitaban el pago de la parte que les correspondía en el *vingtième* y la *capitation*, introducidos como suplemento de la *taille* durante los años de escasez de fines del prolongado reinado de Luis XIV, impuestos a los cuales estaban sujetos nominalmente tanto los nobles como los plebeyos. El clero, cuyos principales dignatarios pertenecían casi sin excepción a la nobleza, gozaba de ventajas financieras todavía mayores: además del ingreso obtenido como terratenientes gracias a las rentas y los derechos feudales, recibía el diezmo (que podía equivaler a un duodécimo del rendimiento de la tierra) y cumplía sus obligaciones con el tesoro, pagando un porcentaje relativamente reducido de su ingreso en la forma de un *don gratuit* o regalo voluntario, reconocidamente menos "voluntario" para algunos gobernantes que para otros.

Por supuesto, el grado de privilegio del que las clases altas podían disfrutar dependía en medida considerable del grado de autoridad del rey. En teoría, el sistema de gobierno francés era

todavía el sistema "absoluto" que Luis XIV había creado en Versalles un siglo antes. Pero bajo el régimen de los sucesores del Rey Sol ese sistema había perdido gran parte de su vigor y su capacidad para imponer respeto y lealtad a sus súbditos, privilegiados o no. Eso fue consecuencia, en parte, de la indolencia y las fallas personales de Luis XV, para quien el gobierno era una actividad desagradable y, en parte, de la tendencia de la burocracia, formada principalmente por funcionarios privilegiados, a convertirse casi en una ley en sí misma. Entretanto, las clases medias llegaron a concebir más hostilidad frente a la extravagancia, la ineficacia y la tiranía de una corte y un gobierno a cuyo mantenimiento aquéllas contribuían abundantemente, pero sobre los cuales carecían de control. Después del prolongado reinado de su padre, Luis XVI ansiaba promover reformas fundamentales en la Administración, reducir gastos de la corte, liberar el comercio de restricciones mezquinas, aliviar la carga impositiva que pesaba sobre los campesinos y promover cierta medida de gobierno propio mediante las asambleas locales de las provincias. A diferencia de su predecesor, tenía un elevado sentido de la responsabilidad personal. Además, en Turgot, el primer ministro recientemente designado, tenía un hombre que gozaba de la estima y del afecto tanto de las clases medias "esclarecidas" como de las industriosas. Sin embargo, el plan entero fracasó, y Turgot dejó el cargo un par de años después. ¿Por qué? Las reformas de Turgot, aunque bien recibidas por las clases medias, contrariaban los intereses creados de los Parlamentos, el alto clero y las facciones aristocráticas de la corte. En este sentido, su experiencia fue análoga a la de ministros reformadores, como Machault y Maupeou antes que él, y Calonne, Brienne y Necker después. Y se demostró una vez más, como se comprobaría una década más tarde, que no era posible aplicar medidas reformistas de gran alcance, por buenas que fuesen las intenciones del monarca o por honestos y eficaces que fuesen sus ministros, mientras las órdenes privilegiadas permaneciesen dueñas de sus poderes a través de los Parlamentos y de su influencia en la corte, y pudiesen obstruir la operación. Estos eran los límites que la reforma no podía sobrepasar –alcanzaba para abrir el apetito de algunos– y para irritar a otros, pero no satisfacía a nadie. Era suficiente también, y esto sería un aspecto importante en el futuro, para provocar el odio

más intenso de las órdenes privilegiadas y el desprecio a la Monarquía que parecía protegerlas.

Y además, pese a toda su prosperidad en ascenso, las clases medias francesas tenían otros agravios. Entre ellos cabe incluir los obstáculos opuestos al ejercicio más libre del comercio y la manufactura, creados por los onerosos peajes y derechos internos cobrados tanto por el Estado como por los intereses privados, y las inquisiciones de ejércitos de inspectores oficiales. Otro era su incapacidad cada vez más acentuada para realizar sus ambiciones sociales y políticas en concordancia con su riqueza. Había sido durante mucho tiempo el propósito de los mercaderes y los financieros, enriquecidos por la banca, la manufactura o el comercio, coronar su carrera personal con la compra de cargos oficiales hereditarios o grados en el ejército. Pero se ha sostenido –lo hicieron Mathiez, Lefebvre y Godechot en Francia, y Ford y Barber en Estados Unidos–[1] que estos caminos de progreso estaban estrechándose en la segunda mitad del siglo XVIII, en lo que ha sido denominado el período de la reacción "aristocrática" o "feudal". Un ejemplo citado con frecuencia es el de la Ley Militar (la *Loi Ségur*) de 1781, que establecía que los ascensos hasta el grado de capitán y aún más altos, debían quedar reservados para los hombres que tenían por lo menos cuatro "cuarteles" de nobleza, lo cual excluía a todos los plebeyos y a los que habían sido ennoblecidos recientemente. También durante este período varios Parlamentos provinciales, sobre todo los de Aix, Nancy, Grenoble, Toulouse y Rennes, estaban cerrando bruscamente sus puertas a los "intrusos". De un modo más general, parece que hacia 1789 la condición de noble había llegado a ser un requerimiento casi indispensable para ocupar altos cargos no sólo en el ejército sino también en la Iglesia y en la Administración.[2] Así, paradójicamente, escribe Jacques Godechot, "a medida que aumentaba el número, la riqueza y la educación de la burguesía francesa, disminuía el número de los cargos gubernamentales y administrativos a los que podía aspirar".[3] Si bien estas opiniones han sido cuestionadas, y el concepto general de una reacción "aristocrática" o "feudal" ha sido puesto en tela de juicio,[4] parece evidente que hacia el fin del *ancien régime* la burguesía estaba experimentando un sentimiento cada vez más intenso de indignidad y humillación a causa de los actos del gobierno y la

aristocracia. No era sencillamente cuestión de que se cerraran poco a poco los caminos que permitían progresar –y es muy posible que el número de tales caminos haya sido exagerado– sino del hecho de que en efecto estaban cerrándose las puertas en momentos en que la riqueza en ascenso y la percepción de su propia importancia social por la burguesía, sin hablar del crecimiento de su número, la llevaba a creer que las puertas debían abrirse más ampliamente. El resentimiento y los agravios eran bastante serios, y en la historia, como nos recuerda Tocqueville en *The Ancien Régime and the French Revolution,* a menudo es el resentimiento el factor más importante. Por eso mismo, quizá es aun más notable que la burguesía francesa –si exceptuamos a los escritores, los periodistas y los panfletistas que eran parte de esta clase– esperase tanto tiempo antes de conferir expresión política franca a su resentimiento. De hecho, como veremos, sólo cuando fue provocada por los Parlamentos, el alto clero y la nobleza, cuyo reto precedió al de la burguesía, ésta comenzó seriamente a reclamar la igualdad social más que una participación en el "privilegio", y a representar un papel adecuado en el control del Estado.

Los resentimientos y los agravios de los campesinos también se acentuaron durante estos últimos años del *ancien régime*. Por una parte, la creciente prosperidad campesina nunca fue universal. Aunque uno de cada cuatro campesinos franceses era dueño de su tierra, la mayoría de estos propietarios rurales tenían minúsculas parcelas que, incluso en años de buena cosecha, eran por completo insuficientes para atender las necesidades de sus familias. Estaba también el número aún más elevado de medieros y campesinos sin tierra, que compraban su pan en el mercado y que nunca, ni siquiera en la temporada más próspera, podían abrigar la esperanza de recibir más que una parte magra de la prosperidad general. Más aún, a los pequeños propietarios, a los arrendatarios pobres y a los peones se les sumaba la aflicción de que los terratenientes "dinámicos" y los campesinos más prósperos, estimulados por el ansia de acrecentar sus ganancias, cuando se les ofrecía la oportunidad cercaban campos y menoscababan los derechos tradicionales de recogida de frutos y pastoreo de los aldeanos. Una causa más general de descontento era la tendencia reciente de los terratenientes –nobles o burgueses– a exhumar antiguos privilegios

relacionados con la tierra y a imponer obligaciones nuevas o ampliadas a las que ya cargaban sobre sus campesinos. Esto es lo que los campesinos –o por lo menos los más enérgicos entre ellos– en sus "cuadernos de quejas" *(cahiers de doléances)* de 1789 denominaron un renacimiento del feudalismo, y lo que muchos historiadores franceses han denominado una parte de la "reacción feudal". Pero Alfred Cobban se ha opuesto al empleo de la expresión con el argumento de que lo que los terratenientes estaban haciendo era "menos un retorno al pasado que la aplicación a antiguas relaciones de nuevas técnicas empresariales".[5] Hay cierta verdad en esta afirmación, aunque exagera el factor representado por un nuevo espíritu de "capitalismo" aplicado a la producción rural. Pero de todos modos los campesinos no tendían a realizar distinciones tan cuidadosas, y para ellos el "feudalismo", según lo veían, era aun más nocivo cuando revestía un atuendo nuevo y desconocido.

Además –y este aspecto sólo recientemente ha sido aclarado– precisamente durante los últimos años del *ancien régime* la prosperidad general de la agricultura estaba acabándose. Este proceso incluyó dos etapas principales. Después de 1778, el año en que Francia entró en la Guerra Revolucionaria Norteamericana, hubo una crisis, con el resultado de que los precios cayeron gradualmente en la mayoría de los productos industriales y agrícolas, pero alcanzando proporciones críticas en los vinos y los textiles. Durante estos años, las ganancias netas de los agricultores que eran pequeños arrendatarios, los campesinos propietarios y los viticultores tendieron, a causa de la carga pesada y permanente de los impuestos, los diezmos y las exacciones señoriales, a disminuir de un modo que no guardaba proporción con el descenso de los precios; los propietarios de grandes extensiones estaban defendidos de la pérdida gracias a sus ingresos señoriales o "feudales". Después, sobre la crisis cíclica se superpuso la súbita catástrofe de 1787-1789 que determinó cosechas pobres y escasez, de modo que el precio del trigo se duplicó en el lapso de dos años en el norte, y a mediados del verano de 1789 alcanzó niveles antes no conocidos en veintisiete de las treinta y dos *généralités*. La crisis afectó a la masa del campesinado, en su condición de consumidores y productores: como viticultores, productores de lácteos y cultivadores de trigo. De la agricultura se extendió a la industria; y la

desocupación, que ya estaba acentuándose a causa de un tratado de "libre comercio" firmado con Gran Bretaña en 1786, llegó a alcanzar proporciones desastrosas en París y los centros textiles de Lyon y el norte. Los asalariados y los pequeños consumidores de las aldeas y los pueblos se vieron obligados, a causa del rápido aumento de los precios de los alimentos, a incrementar su gasto diario en pan a niveles que sobrepasaban de lejos sus medios. Así, los campesinos y los artesanos urbanos y los obreros –sin hablar de los manufactureros– se vieron unidos por un lazo común de hostilidad al gobierno, a los terratenientes, a los mercaderes y a los especuladores. Por lo tanto, estas clases entraron en la Revolución en un contexto de escasez y privaciones cada vez más acentuadas, más que en uno de "prosperidad".[6]

Pero, por supuesto, se necesita más que la privación económica, el descontento social y las ambiciones frustradas para hacer una revolución. Para ligar a los descontentos y las aspiraciones de clases sociales muy diferentes tenía que existir un cuerpo unificador de ideas, un vocabulario común de esperanza y protesta, en resumen, algo semejante a una "psicología revolucionaria" común. En las revoluciones de los últimos cien años esta preparación ideológica ha sido obra de los partidos políticos de masas, pero la Francia del siglo XVIII no tuvo tales partidos hasta mucho después de iniciada la Revolución; tampoco los hubo en las revoluciones que estallaron entre 1830 y 1871. Por lo tanto, debía prepararse el terreno apelando a otros medios: ante todo, los escritores del Iluminismo que, como muy pronto lo advirtieron Burke y Tocqueville, debilitaron las defensas ideológicas del *ancien régime*. Las ideas de Montesquieu, Voltaire, Rousseau y muchos otros se difundieron ampliamente y fueron asimiladas por un entusiasta público lector, tanto aristócrata como plebeyo. Había llegado a ponerse de moda, incluso en el clero, una actitud escéptica e "irreligiosa", y los escritos de Voltaire se habían combinado con las luchas en el seno de la Iglesia misma –sobre todo, el resentimiento del clero parroquial ante la riqueza y la creciente autoridad de los obispos– para exponer a la Iglesia a la indiferencia, al menosprecio o a la hostilidad. Entretanto, expresiones como "ciudadano", "nación", "contrato social", "voluntad general" y los "derechos del hombre" –que pronto serían seguidos por la

expresión "Tercer estado"– estaban incorporándose a un vocabulario político común que se difundió ampliamente. Este resultado fue sobre todo obra de los panfletistas de 1788 y 1789, pero mucho antes el terreno había sido preparado por los volantes y las críticas de los Parlamentos que, en su prolongado duelo, a partir de la década de 1750, con el "despotismo" ministerial, citaban libremente y a menudo sin discriminar, los escritos de Montesquieu y Rousseau y de otros críticos "filosóficos" del momento. En este caso, el factor nuevo fue que los Parlamentos no sólo estaban redactando declaraciones políticas, como habían hecho los "filósofos", sino que se proponían conscientemente plasmar la opinión pública y promover el apoyo público activo a sus luchas con la Corona.

Pero a pesar de todo esto, todavía puede considerarse dudoso que, por ejemplo, en enero de 1787 un francés o un observador extranjero inteligente hubiera hallado motivos fundados para predecir que estaba cerca una revolución, y menos aún para prever la forma que ella asumiría. Para nosotros, con el saber adquirido mediante la visión retrospectiva, es fácil ver que tales razones existían. Sin embargo, incluso así, faltaba todavía un elemento importante: aún se necesitaba una chispa o un "desencadenante" que provocase una explosión, y se necesitaba otra chispa para promover los alineamientos específicos de 1789.

La primera chispa fue provocada por el compromiso del gobierno francés con la revolución en Norteamérica. El resultado tuvo poco que ver con la historia interna de Norteamérica: ni los disturbios de la *Stamp Act* ni la Masacre de Boston pesaron mucho sobre lo que sucedió en Francia. Tampoco puede argüirse seriamente que la Declaración francesa de los Derechos del Hombre –emitida por la primera Asamblea Revolucionaria francesa en 1789– deba nada importante a la Declaración de la Independencia proclamada por los norteamericanos en 1776. Ambas se nutrían en un caudal común de ideas "filosóficas" corrientes en el momento dado, y Thomas Jefferson, el autor del primer boceto de la Declaración norteamericana, estaba en París cuando los franceses contemplaban su propia declaración, e incluso es posible que haya sido consultado en el curso de las discusiones; pero las dos Declaraciones, aunque comparten ciertas semejanzas de estilo, tienen poco en común con respecto

al propósito y al contenido. El vínculo real entre las dos revoluciones puede hallarse únicamente en las consecuencias de la decisión francesa de unirse a los norteamericanos en la guerra contra Inglaterra en 1778. Pues aunque cinco años más tarde Francia había conquistado la victoria e Inglaterra estaba derrotada, Inglaterra sobrevivió con su posición económica relativamente indemne, y en cambio Francia, que había exigido demasiado a sus recursos, quedó financieramente deteriorada. Y esta fue la chispa o el desencadenante que encendió la primera de las explosiones que condujeron a la revolución en Francia.

Pero la gravedad de la situación tardó en manifestarse. Sólo dos años después de concluida la guerra, Calonne, Contralor General o ministro de Finanzas, afrontó un déficit que representaba un cuarto de la renta anual de la nación, declaró el estado de quiebra y reclamó remedios drásticos para superar la situación. En el caso dado, se decidió abandonar los procedimientos tradicionales y, en lugar de los Parlamentos protestatarios, convocar una asamblea de "Notables" seleccionados, porque se creía que serían más asequibles a la persuasión, para examinar la crisis. Pero los Notables rehusaron aprobar las reformas ministeriales, en gran parte porque sus propias y apreciadas inmunidades fiscales estaban amenazadas; replicaron con la petición de que se consultara en cambio a los Estados Generales, una convocatoria que representaba a los tres Estados pero que había sido mantenida en suspenso durante 175 años. Pero el Ministerio rechazó esta propuesta, y así provocó la "revuelta aristocrática" que desgarró al país casi un año. La rebelión concluyó con la derrota del Ministerio y la victoria total de los Parlamentos y la aristocracia. Sobre todo, el gobierno se vio obligado a conceder que de todas maneras se convocara a los Estados Generales, a través de los cuales los "privilegiados" confiaban en resolver la crisis a costa de los plebeyos. Así, en setiembre de 1788, cuando el Parlamento de París regresó a la capital desde su forzado exilio, pareció que se realizaba la profecía formulada pocos meses antes por Arthur Young, mientras recorría Francia: a saber, que habría "una gran revolución en el gobierno", la cual probablemente "aumentaría la importancia de la nobleza y el clero". De modo que la creencia en una revolución, provocada por el desafío de la nobleza, ya estaba en el aire, pero la forma que adoptó, demostró que su

carácter era muy diferente. ¿A qué respondió este hecho? Brevemente, a que la promesa de los Estados Generales obligó a los diferentes sectores a definir sus propósitos y a adoptar nuevas posiciones. La burguesía, o Tercer Estado, hasta aquí dividida en partidarios y opositores de la reforma ministerial, ahora consideró útil, una vez convocados los Estados Generales, cerrar filas y presentar su propio programa. Pero los Parlamentos y la nobleza, que alimentaban esperanzas muy distintas en relación con la reunión de los Estados, también se vieron obligados a poner sus cartas sobre la mesa y a mostrar que las reformas o "libertades" que tenían en mente de ningún modo eran las mismas que formulaba el Tercer Estado o, cada vez más, la nación en general.[7]

En consecuencia, la aristocracia y el clero, lejos de conquistar más reclutas, comenzaron a perderlos de prisa. Mallet du Pan, observador suizo acreditado ante la corte de Viena, informó sólo cuatro meses después del fin de la revuelta, que los alineamientos políticos en Francia habían cambiado radicalmente: según escribió, la cuestión en juego ya no era un conflicto constitucional entre el rey y los *privilégiés*, sino "una guerra entre el Tercer Estado y las dos órdenes restantes". Los alineamientos cambiaron después que los Estados Generales se reunieron en Versalles, en mayo de 1789. Aunque vacilante, como le sucedía siempre que afrontaba los reclamos irreconciliables de la nobleza y el Tercer Estado, Luis decidió apoyar a la primera. Llamó tropas a Versalles y se preparó para dispersar a la Asamblea Nacional (formada poco antes de manera ilegal por el Tercer Estado y sus aliados) mediante la fuerza de las armas. Este golpe fue impedido por la intervención del pueblo de París. También los campesinos, agitados por las crisis económicas y políticas, habían comenzado a actuar por propia cuenta; y una combinación de estas fuerzas –las clases medias, los artesanos urbanos y los campesinos, ahora unidos en un propósito común– fue la que, con el apoyo aristocrático, liberal y clerical, en julio-agosto de 1789 ejecutó la primera etapa importante de la revolución en Francia.

Por lo tanto, parece que la Revolución Francesa ha sido el resultado tanto de factores de gran alcance como de factores inmediatos, que se originaron en las condiciones sociopolíticas y en los conflictos del *ancien régime*. Los antiguos agravios de los

campesinos, los habitantes urbanos y la burguesía; la frustración de las nacientes esperanzas de la burguesía y los campesinos acomodados y "medios"; la insolvencia y el derrumbe del gobierno; una "reacción feudal" real, o por lo menos percibida; los reclamos y la intransigencia de una aristocracia privilegiada; la difusión de ideas radicales en amplios sectores del pueblo; una honda crisis económica y financiera; y los sucesivos "desencadenantes" de la quiebra estatal, la revuelta aristocrática y la rebelión popular: todos estos factores representaron un papel. ¿Esos factores explosivos fueron peculiares de Francia? Considerados individual o aisladamente, la respuesta es negativa. Si excluimos los "desencadenantes" definitivos, tensiones, crisis y frustraciones semejantes aparecieron, en distintas formas, a menudo complementadas con una pobreza más profunda, en otros países europeos contemporáneos. Entonces, ¿por qué hubo una revolución en Francia en 1789 y no en otros lugares? O también podemos conferir distinta forma al interrogante y preguntar, como hace Jacques Godechot después de examinar los disturbios y los alzamientos en las grandes ciudades –incluso Londres, Bruselas y Amsterdam, pero no París– durante la década de 1780: "¿Por qué los disturbios que estallaron en capitales extranjeras, y sobre todo en Londres, no acarrearon el derrumbe del Antiguo Régimen, o de los poderes reales o aristocráticos en presencia de las masas insurgentes?"[8]

La respuesta breve tiene que ser que, por diferentes razones, los factores que hemos observado en la Francia del siglo XVIII no aparecieron en una *combinación* análoga en otro sitio cualquiera de Europa. En algunos, principalmente en los países orientales, faltaron visiblemente dos factores: una clase media importante y "desafiante", y un cuerpo muy difundido de ideas políticas radicales. Pero hubo también otro factor que diferenció a Francia de los países tanto del este como del oeste: París, incluso más que Londres, era una capital que estaba en el corazón mismo de los asuntos públicos, en el centro del gobierno y de la Administración, de la ley, la cultura y la educación. Más aún, era una capital que tenía una activa población de burgueses, abogados y pueblo común que, una vez encendida la mecha, podía marcar con su impronta colectiva la sucesión de hechos dramáticos que siguieron.

Pero una vez iniciada la Revolución en Francia, ciertos

países y regiones occidentales –la Renania y el Piamonte, tanto como Holanda, Bélgica y Ginebra– imitaron el ejemplo durante la década de 1790. En otros –Alemania, excluida Prusia, Polonia, Italia meridional y regiones de España– hubo revoluciones o casi revoluciones que fueron consecuencia de la ocupación militar francesa más que de la mera fuerza del ejemplo francés o de la Declaración de los Derechos del Hombre.[9]

Pero ésta es otra historia, y la dejaremos para un capítulo ulterior. Sin embargo, primero, y antes de que formulemos excesivo número de interrogantes en disputa, debemos retornar al problema que mencionamos antes muy brevemente: las diferentes opiniones de los historiadores acerca del verdadero sentido de la Revolución.

2

LOS HISTORIADORES Y LA REVOLUCION FRANCESA

Y así llegamos al debate que ha dividido a los historiadores durante los últimos 200 años, desde el día en que el angloirlandés Burke por primera vez empapó su pluma en vitriolo para atacar en la cuna a la Revolución. El debate ha continuado a través de diferentes etapas, originando nuevas cuestiones y suscitando nuevos conflictos en el curso de su desarrollo. Por ejemplo, durante el primer siglo de discusión –desde 1790 hasta 1900– los historiadores tendieron a considerar los problemas de la Revolución en términos sobre todo políticos e ideológicos, sin prestar mucha atención a sus bases sociales y económicas. Burke no fue excepción; nunca realizó un intento serio de estudiar la sociedad de la cual surgió la Revolución. Pero, pese a lo endeble de las pruebas que él podía usar, consideró que el antiguo sistema de ningún modo era desagradable: de hecho, sólo se necesitaban unos pocos arreglos secundarios para enderezarlo. Por consiguiente, la Revolución no podía ser, a su juicio, la consecuencia de un auténtico y general deseo de reforma, y más bien había sido provocada por las ambiciones y las intrigas de una minoría. Cita sobre todo a la camarilla de literatos y "filósofos", que durante mucho tiempo habían estado

1

COMO EMPEZO LA REVOLUCION

Hasta aquí hemos examinado los diferentes modos en que sucesivas generaciones de historiadores han interpretado la Revolución Francesa; también hemos examinado sus orígenes y el problema de la razón por la cual la Revolución estalló en Francia precisamente en determinado momento. Pero antes de que pasemos a relatar con más detalle los *acontecimientos* de la propia Revolución, debemos considerar también de qué modo se formaron los alineamientos de la sociedad francesa que originaron la Revolución, así como las ideas que los informaron; y aquí debemos prestar especial atención a la ideología y a las actitudes del pueblo común, un tema que ha sido muy descuidado por autores anteriores, y al que sobre todo prestaron escasa atención los historiadores "revisionistas" de los últimos años.

Así, no debemos buscar la guía de estos recientes autores, sino más bien la que aportan los historiadores de la escuela "ortodoxa" que comenzó con Jaurès a principios de siglo. Pues la *Histoire socialiste* de Jaurès fue el primer intento serio de abordar los problemas, las aspiraciones y los movimientos de las masas campesinas y urbanas por derecho propio, y no simple-

mente como un eco de los discursos y los actos de los jefes revolucionarios en París. Este enfoque, desarrollado más todavía por los sucesores de Jaurès, no se ha limitado a iluminar con luz más viva las causas y los acontecimientos generales de la Revolución. También ha permitido medir con más exactitud el momento del estallido revolucionario y el papel representado en él por los campesinos y el *menu peuple* urbano. Por consiguiente, ya no es necesario que la explosión revolucionaria aparezca como una culminación más o menos fortuita de una sucesión de crisis meramente políticas, aunque interrelacionadas –por ejemplo el rechazo de las propuestas de Calonne por los Notables, la convocatoria de los Estados Generales en Versalles, y el abandono de su cargo por Necker– sino más bien como el choque de un complejo de fuerzas sociales y políticas, en un momento en que una explosión era inminente.

Sin embargo, es posible que el problema continúe siendo por dónde empezar, y que el cuadro se mantenga desequilibrado, si alguna de las fuerzas sociales comprometidas en la crisis no aparece en la perspectiva adecuada. Una deformación usual es la idea de que la acción revolucionaria de los campesinos y las masas urbanas estaba "esperando" la acción emprendida por las clases privilegiadas o por la burguesía. Sobre todo Mathiez, nos ha familiarizado con el concepto de las etapas iniciales de la Revolución como un "despliegue" progresivo de revoluciones secundarias: primero, la *révolte nobiliaire* que afectó a las órdenes privilegiadas, después la *révolution bourgeoise*, y finalmente la revolución "popular" de los campesinos y los pobres de la urbe. Aunque dicha exposición es cómoda e incluye más de un grano de verdad, si se la toma con excesiva literalidad, tiende a reducir la intervención de las masas a un papel de importancia secundaria, y no atina a demostrar que el movimiento popular, si bien se aceleró y acentuó a causa de la crisis revolucionaria del verano de 1789, arraigó profundamente en el *ancien régime* y, de hecho, precedió por varios meses a las actividades revolucionarias de las clases medias.

Otra tendencia ha consistido en presentar la crisis revolucionaria casi exclusivamente debida a factores económicos. Así, Edouard Labrousse, conocido por su importante investigación de los precios y los salarios del siglo XVIII, ha insistido en la primacía de los factores "naturales" o económicos, sobre los

"antropomórficos" o humanos.[1] Fernand Braudel y sus colaboradores de la escuela *Annales* han llegado más lejos: al destacar la suprema importancia de los factores de gran alcance sobre los inmediatos en su teoría de *la longue durée*, se han inclinado a disminuir el papel humano –y por consiguiente el popular– en la cadena de causas y hechos.

En cambio, Daniel Guérin se ha situado en el extremo contrario al exagerar la independencia y el grado de coherencia y madurez del movimiento popular, lo ha llevado a anticipar los movimientos obreros de los siglos XIX y XX.[2] Por supuesto, aquí no son tanto los asalariados y los *sans-culottes* sino las clases medias los que cesan de representar un papel revolucionario independiente.

Pero yo apuntaré a ilustrar la gama y la diversidad de los movimientos en la ciudad y el campo, en París y las provincias, durante los años que desembocaron en la Revolución Francesa. Intentaré situar en su adecuada perspectiva histórica, tanto la revuelta de las órdenes privilegiadas en 1787-1788 como la actividad revolucionaria de la burguesía desde fines de 1788. Pero sobre todo, trataré de rastrear las etapas y las corrientes principales del movimiento popular durante los últimos años del *ancien régime*, hasta el punto en que su "fusión" con el movimiento de la burguesía desencadenó la explosión revolucionaria.

Para alcanzar el objetivo debemos remontarnos a los disturbios de los cereales o "guerra de la harina" de 1775. Naturalmente, hubo movimientos anteriores provocados por el hambre y el alto costo del pan, en 1725, 1739-1740, 1752 y 1768. Pero el de 1775 es no sólo el último de los grandes disturbios *espontáneos* por los alimentos en el *ancien régime*, sino que es también el más amplio y el mejor documentado, y permite una comparación apropiada con movimientos análogos que sobrevinieron durante la propia Revolución. Turgot había sido designado Contralor General en agosto de 1774, y, ciertamente, cuando comenzó no estaba marcado por la impopularidad, en cuanto se refiere al pueblo común o a los pequeños consumidores. Más aún, es muy posible que pareciera un cambio propicio, pues su predecesor, el abate Terray, había sido quemado en efigie en el Faubourg Saint-Antoine. Pero, para satisfacción de los enemigos de Turgot en la corte, pronto perdería todo atisbo de favor popular por la prisa con que aplicó los conceptos de libre

comercio de los fisiócratas al comercio de granos: un *arrêt* (decreto) del 13 de setiembre eliminó las restricciones impuestas a la venta y la compra de granos y harina. Esta medida, combinada con una mala cosecha, provocó una dura escasez y una rápida elevación de los precios del trigo, la harina y el pan durante la primavera y el verano siguientes. El precio de una hogaza de cuatro libras en París (normalmente 8 o 9 sous, aunque los últimos años con más frecuencia 10 u 11) aumentó a 11½ sous a principios de marzo, a 13½ a fines de abril y a 14 sous a principios de mayo. Los disturbios de los cereales ya habían estallado en Burdeos, Dijon, Metz, Tours, Reims y Montauban, y tras ellos surgió ese núcleo especial de desórdenes, centrados en París y en las Provincias próximas, conocidos en la historia como *la guerre des farines* ("la guerra de las harinas").

El movimiento se extendió de un mercado a otro y adoptó la forma de un control popular de los precios del trigo, la harina y el pan: −el precio del pan en general se fijó en 2 sous la libra, la harina en 20 sous el bushel y el trigo en 12 francos el *setier* (2 quintales)*. Partiendo el 27 de abril de Beaumont-sur-Oise, al norte de la capital, llegó a Pontoise el 29, a Saint-Germain el 1 de mayo, a Versalles el 2 y a París el 3. Después, los disturbios se extendieron hacia el este y el norte, hacia el interior de Picardía y la Isla de Francia, y habiéndose demorado varios días en los mercados y las aldeas de Brie, llegó a Beaumont-sur-Gâtinais −cincuenta millas al sur de París− el 9, y se extendió a Melun el 10.[3]

Es instructivo observar los rasgos principales de este acontecimiento notable. En esencia, fue un movimiento espontáneo provocado por los altos precios y el temor al hambre. Presenció la invasión en masa de los mercados y las fincas agrícolas por pequeños consumidores de las aldeas y las ciudades, e incluso por algunos agricultores y burgueses acomodados. En lo esencial fue dirigido contra los *laboureurs* o campesinos prósperos, los comerciantes de granos, los molineros y los panaderos; y provocó simpatía en otras clases: por ejemplo, algunos sacerdotes alentaron a sus feligreses a intervenir en el movimiento o hicieron poco para contenerlos, y más de un funcionario del mercado realizó su aporte fijando un precio "justo" a los granos

* El franco tenía 25 sous.

y a la harina. Más aún, el Parlamento de París, siempre en actitud contraria al gobierno, concedió al movimiento su bendición condicional.

Entonces, ¿por qué un movimiento tan amplio, y que en ciertos aspectos exhibe una sorprendente semejanza con movimientos posteriores de la Revolución, no aportó resultados concretos? En primer lugar, la propia crisis de los alimentos, aunque grave, se vio superada hacia principios del otoño: los precios comenzaron a descender en octubre. Segundo, Turgot consiguió aplastar el movimiento combinando la fuerza militar con el púlpito. Más aún, la parte principal del campesinado no participó: la cuestión de los diezmos, los impuestos aplicados por los señores o las leyes de la caza no se manifestaron, y las ideas promovidas por el Iluminismo −tan importantes en 1789− aún no habían comenzado a difundirse entre los campesinos ni entre los pequeños consumidores urbanos. Finalmente, y lo que es quizá más importante, la burguesía no había comenzado a desafiar el orden vigente, y en todo caso era probable que se mostrase hostil a un movimiento dirigido contra las medidas de un ministro cuyas reformas −incluso la libertad del comercio de granos− contaban con su apoyo activo; de hecho, en varias ciudades se convocó a la milicia local con el fin de aplastar la revuelta. En resumen, la principal lección de 1775 fue que, en las condiciones de la Francia del siglo XVIII, un movimiento aislado de asalariados, artesanos, tenderos y pobres de la ciudad no tenía esperanzas de aportar resultados sustanciales. Se llegaría a entender esta verdad más de una vez, antes de la propia Revolución y durante la misma.

Los doce años que siguieron, a pesar de la agudización general de la crisis económica, fueron un período de precios relativamente estables de los alimentos y paz social. Por lo menos en París, el precio del pan se mantuvo notablemente constante: el Diario manuscrito del librero parisiense Sébastien Hardy nos dice que, si entre 1767 y 1775 el precio de la hogaza de 4 libras rara vez descendió por debajo de 11 sous −y durante unos pocos días de noviembre de 1768 de hecho llegó a 16−, en el período siguiente el precio normal fue de 8 o 9 sous, y se elevó a 10½ u 11 sous durante breves lapsos de 1784.[4]

Los movimientos populares durante estos años fueron procesos dispersos y esporádicos, y respondieron a una serie de

cuestiones diferentes. Hubo disturbios por el pan en Toulouse y Grenoble en junio de 1778 y en Rennes en 1785. En 1784 y 1786 hubo manifestaciones en París contra el anillo de barreras aduaneras que rodeaba a la ciudad y que había sido levantado por los Agricultores Generales, un consorcio de acaudalados recaudadores de impuestos, con el propósito de imponer derechos al ganado en pie, la carne, el vino y la leña que pasaba por sus puertas. También en París hubo una nueva oleada de sentimiento popular anticlerical durante la década de 1780, un fenómeno que recordó la hostilidad provocada por los jesuitas en la década de 1720 y a principios de la década de 1750, y su blanco fue el arzobispo de París, porque se negaba el sacramento a los sacerdotes jansenistas moribundos.

Las huelgas también tuvieron cierta importancia, y las hubo tanto en París como en las provincias, y afectaron a los jornaleros de un número considerable de oficios. En el caso de los trabajadores de la seda en Lyon adquirieron, en dos ocasiones, proporciones casi insurreccionales. Sin embargo, debe observarse que en la Francia del siglo XVIII, donde las huelgas eran ilegales y en general soportaban la represión, era más probable que tales disputas estallasen en períodos de abundancia relativa y precios estables que cuando el alimento escaseaba y los precios eran elevados. Esta fórmula es tan válida para las huelgas en gran escala de los albañiles de París en 1785 y 1786 como para la huelga general de los impresores y los encuadernadores que reclamaban una jornada de catorce horas en 1776. También es aplicable a la disputa que comprometió a los porteadores y carreteros organizados en enero de 1786, cuando setecientos a ochocientos de ellos confirieron a su huelga una dimensión casi política al marchar sobre Versalles para presentar sus quejas al rey.[5] Pero a pesar de toda esta actividad, es dudoso que esas disputas laborales imprimiesen más que un ímpetu mínimo al movimiento popular difundido y variado que surgió de la crisis revolucionaria de 1788-1789.

Esta debía comenzar con la *revolte nobiliaire*, el reto aristocrático que concluyó en la victoria de los Parlamentos y sus aliados y la resonante derrota del gobierno. La "revuelta" tuvo dos etapas principales. Después de la primera, que finalizó en setiembre de 1787, el Parlamento de París retornó en triunfo a la capital en medio de desordenadas escenas de júbilo en la Île de la Cité. Calonne, que entonces todavía era Contralor-General, fue quemado en efigie, se encendieron hogueras sobre el Pont Neuf, se quemaron fuegos artificiales y se echaron cohetes a los guardias. Durante esta etapa, el cuerpo principal de manifestantes estuvo formado por los empleados del Palais de Justice y los aprendices de las artesanías de lujo de la Place Dauphine. Pero al año siguiente presenció el fracaso de nuevas negociaciones, extensos disturbios en las provincias cuando de nuevo se exilió a los Parlamentos, y una segunda victoria total para las órdenes privilegiadas. La escena cambió de manera dramática; no sólo se obtuvo la promesa real de que los Estados Generales serían convocados a Versalles en mayo de 1789 –una concesión en sí misma muy importante– sino que sobrevino también un súbito y dramático aumento del precio del pan. La hogaza de 4 libras, que durante mucho tiempo se había mantenido en 8 o 9 sous, pasó a 9½ sous el 17 de agosto (en vísperas del regreso del Parlamento a París), a 10 sous el 20 y a 11 sous el 7 de setiembre. Acicateados por este estímulo, los habitantes de los grandes Faubourgs populares de Saint-Antoine y Saint-Marcel se unieron a los disturbios de "bienvenida" del 29 de agosto y modificaron su carácter. Ahora, los disturbios se extendieron más allá de la Place Dauphine y el Pont Neuf, a los mercados y el Barrio Universitario, continuaron con breves pausas hasta fines de setiembre, y originaron elevado número de bajas y arrestos; estos últimos afectaron principalmente a artesanos y asalariados de distritos y oficios muy dispersos.[6]

Un proceso incluso más importante fue la transformación que entonces comenzó a manifestarse en las ideas y en las actitudes del *menu peuple* parisiense. El 5 de setiembre se enviaron tropas a los dos Faubourgs populares, y Sébastien Hardy observó que el propósito era "someter a sus habitantes... e impedir el estallido de los disturbios que se preveía serían la consecuencia del aumento del precio del pan". Observó también que el pueblo común ahora comenzaba a incorporarse al movimiento político, ya no como marionetas manipuladas por el Parlamento, sino con el propósito de cuestionar a las autoridades –incluso el rey en Versalles– en una causa que era peculiarmente propia.[7] Podemos seguir este proceso en dos entradas del Diario de Hardy correspondientes al 25 de noviembre de 1788 y al 13 de febrero de 1789. En la primera, cuando el

precio de la hogaza de 4 libras se elevó a 12½ sous, observó que un ama de casa trabajadora había declarado en una panadería que "era monstruoso permitir que los pobres sufriesen hambre de este modo" y que "irían a incendiar por los cuatro costados el castillo de Versalles"; y en la segunda, cuando el precio del pan alcanzó un máximo de 14½ sous, observó además que "se oyó decir a algunas personas que los príncipes habían acaparado el suministro de granos para derrocar más fácilmente al señor Necker, cuyo retiro del cargo deseaban tan ardientemente".[8] De modo que la conciencia popular había adquirido una nueva dimensión, que de ningún modo existía en los disturbios de 1775: la convicción de que para defender su pan cotidiano debían comprometerse en una lucha *política*, dirigida no simplemente contra los comerciantes y los panaderos sino contra el propio gobierno. Era un proceso importante, pero los pequeños consumidores y los *sans-culottes* aún carecían de aliados firmes en el sector de los campesinos y la burguesía. La crisis revolucionaria que habría de unirlos todavía era cosa del futuro.

La crisis se agravó todavía más durante el invierno de 1788-1789, y se expresó en cuestiones tanto económicas como políticas. La cosecha en general fue mala, y en la región de París los cultivos se vieron perjudicados por una caprichosa granizada durante el mes de julio precedente. Siguió un invierno muy crudo que dejó sin trabajo a millares de personas y determinó que otros miles de aldeanos afluyesen a la capital; en diciembre, Hardy escribió una observación acerca de la existencia de 80.000 desocupados.[9] Entretanto, como vimos, los precios continuaron aumentando y la crisis de los alimentos se complicó con una crisis en la industria que, como consecuencia de un tratado de "libre comercio" firmado con Inglaterra en 1786, dejó sin trabajo a muchos más en todos los centros textiles. De acuerdo con los informes de los inspectores industriales correspondientes al período de setiembre de 1788 a enero de 1789, había 46.000 desocupados en Amiens, 10.000 en Ruán, 30.000 en Carcassonne y 25.000 en Lyon, y en Lille y Troyes la mitad de los telares estaba ociosa.[10]

Sobre este trasfondo, y ante la amenaza representada por la reciente victoria de la aristocracia, la burguesía como portavoz del Tercer Estado ahora unió fuerzas y se dispuso a iniciar un curso revolucionario. También otras razones de mayor alcance la indujeron a proceder así. Esas causas más profundas tenían que ver con las condiciones sociales y económicas del *ancien régime*. Si bien el comercio colonial, los valores de la tierra y el gasto en objetos de lujo habían aumentado decisivamente a lo largo del siglo, la inversión de capital y la expansión de la manufactura se veía estorbada por doquier a causa de las restricciones impuestas a la producción y la circulación de los artículos por las corporaciones privilegiadas, los terratenientes "feudales" –no todos nobles– y los inspectores oficiales. Pero aunque dichas condiciones determinaron antagonismos más profundos y duraderos, el choque entre los burgueses y los *privilégiés* se manifestó inmediatamente por referencia al problema doble de la representación y la votación en los Estados Generales inminentes. El Parlamento de París ya había perdido credibilidad como portavoz de las "libertades" populares a causa de su insistencia en que los Estados se constituyeran como antes, es decir, que cada orden tuviese la misma representación y el mismo voto en tanto que Estado separado, lo cual garantizaba que el Tercer Estado nunca podría imponerse a los dos restantes órdenes combinados. Pero Necker, ministro de Finanzas, consiguió que el Consejo otorgase doble representación al Tercer Estado, si bien no se satisfizo el reclamo burgués de la votación "por cabeza" y no "por orden". Así, el tema central en disputa continuó sin resolver y el conflicto se prolongó, un conflicto que Mallet du Pan denominó "una guerra del Tercer Estado contra los dos órdenes restantes". Un mes más tarde, en febrero de 1789, la "guerra" alcanzó un nivel más alto a causa de la publicación del folleto *Qu'est-ce que le Tiers Etat? (¿Qué es el Tercer Estado?)*, del abate Sieyès, en que la burguesía por primera vez manifestaba su pretensión de controlar los destinos de la nación al margen de los privilegios o los deseos de las restantes órdenes.

En vista de estos hechos, no es sorprendente que el invierno de 1788-1789 presenciara el comienzo de un movimiento popular de alcance e intensidad en general más vastos que todo lo que se había visto durante los años precedentes. Este movimiento tuvo otros rasgos más importantes. Se convirtió en un proceso permanente, que no se interrumpió hasta el estallido de la Revolución. Como vimos, nació de un movimiento esencialmente interesado en las metas económicas, para convertirse

en otro informado por objetivos políticos definidos más o menos claramente. Creó un vínculo común de interés entre los asalariados, los artesanos, los viticultores y los pequeños comerciantes de la ciudad y el campo contra los monopolistas, los acaparadores y los especuladores. A su vez, este movimiento comenzó a "fusionarse" con el de los pequeños propietarios campesinos y los arrendatarios contra las leyes de caza feudales, los diezmos y los derechos y finalmente –aunque no siempre a tiempo–, el movimiento de las ciudades y los aldeanos se "fusionó" con la acción política de la burguesía contra el privilegio señorial y la monarquía absoluta.

La rebelión nacional contra la escasez y el aumento de los precios comenzó los últimos días de diciembre de 1788, y aparece registrada en los informes de los intendentes de varias provincias. Adoptó diferentes formas: saqueo de barcazas cargadas de cereales y de graneros; aplicación del control de precios al pan, la harina y el trigo; disturbios en las panaderías, los mercados y frente a los municipios; ataques a los funcionarios aduaneros, los intermediarios y los agricultores; y la general destrucción de propiedades. A fines de diciembre y en enero llegaron informes de Bretaña y Turena. En marzo y abril los informes provinieron de Borgoña, la Isla de Francia, Languedoc, Nivernais, Orléans, Picardía, Provenza y Turena; siguieron noticias del Limousin y el Lyonnais en mayo y junio, y de Champaña y Normandía en julio. Entretanto, Hardy registró disturbios por el pan en Reims, en el mes de marzo, y en Nancy y Toulouse en abril.[11]

En la región rural que se extiende al norte de París, la lucha contra la escasez se convirtió en un movimiento dirigido contra las leyes que regían la caza y los derechos de caza de la nobleza. En las propiedades del príncipe de Conti, en Cergy, Pontoise, l'Île-Adam y Beaumont, los campesinos y los trabajadores rurales, que no habían obtenido cosechas a causa de los estragos del granizo, se dedicaron a cazar y destruir a los conejos que infestaban sus campos. En Oisy, del Artois, los campesinos de una docena de aldeas se unieron para exterminar los animales silvestres del conde de Oisy y rehusaron pagarle la tradicional *soyeté* o *terrage*. Hubo choques más violentos cerca de Corbeil y en Chatou; al sur y al oeste de la capital parroquias enteras, sospechosas de cazar en las propiedades reales y aristo-

cráticas, fueron desarmadas en junio. En Lorena y el Hainault, los campesinos sin tierra y los pequeños *laboureurs* unieron fuerzas para oponerse a los edictos de cercamiento y los planes de desmonte de la tierra. Entretanto, la revuelta campesina contra los impuestos reales y las exacciones señoriales había estallado en el Delfinado en febrero, en Provenza en marzo y abril y en el Cambrésis y Picardía en mayo. Este movimiento a su vez originó otro mucho más amplio en julio y agosto que, al extenderse sobre regiones tan separadas unas de otras como Alsacia, Normandía, el Hainault, Mâconnais y el Franco-Condado, dejó en su estela la general destrucción de los *châteaux* y los pergaminos señoriales. Pero la hostilidad campesina al cercamiento y a las limitaciones impuestas al derecho de pastoreo determinaron también ataques a los agricultores capitalistas; y en más de una ocasión, la *milice bourgeoise* (milicia) se unió a la *maréchaussée* (policía rural) para reprimir los disturbios campesinos.

Pero a pesar de este conflicto de sentimientos de fidelidad, a medida que la crisis se ahondó, los burgueses y los *sans-culottes*, e incluso los campesinos fueron llevados por la lógica de los hechos –como no sucedió en otros lugares de Europa– a una asociación más estrecha y a la oposición unida a las órdenes privilegiadas y el régimen absolutista. Las masas urbanas y rurales nunca aceptaron del todo el concepto burgués de "libertad" –esta cuestión continuó siendo un grave motivo de discrepancia a lo largo de los años revolucionarios– pero correspondía al interés común eliminar los obstáculos impuestos a la producción y el elevado costo de los alimentos determinado por los derechos aduaneros internos y las cargas fiscales; recortar las alas del poseedor de diezmos, o incluso desposeerlo por completo, y del extractor de las obligaciones feudales más onerosas; forzar a los *privilégiés* a realizar una contribución más generosa al tesoro nacional; sofrenar a los monopolistas y los Agricultores Generales; destruir reliquias de antiguas tiranías como la Bastilla, las *lettres de cachet* y las irritantes inquisiciones de los Parlamentos. Precisamente tales demandas –es cierto que a veces veladas– se expresaron en los *cahiers de doléances*, que comenzaron a redactarse durante los primeros meses de 1789. Aunque escritos generalmente por profesionales burgueses como los abogados y los médicos, los *cahiers* fueron ratifica-

dos por asambleas de campesinos, pequeños tenderos y maestros de taller, e incluso, aunque más rara vez, como en Reims, Marsella, Troyes y Lyons, por corporaciones de jornaleros o *maîtres-ouvriers.*[12]

Los Estados Generales suscitaron esperanzas tan ardientes -"la grande espérance" como la llamó Lefebvre-, porque se creía generalmente que, si se conseguía eliminar la obstrucción y el dominio de las órdenes privilegiadas, ese cuerpo llegaría a ejecutar un programa reformista radical. De esta esperanza nació la entusiasta adopción del lema "Vive le tiers état" con que Arthur Young fue saludado durante su viaje a través de Alsacia, y la creencia apasionada, después que el partido de la corte había amenazado frustrar esas esperanzas, en la existencia de una "conspiración aristocrática". Y precisamente como respuesta directa a este estímulo, los jornaleros, peones, tenderos y maestros de taller parisienses -ya incitados a la acción por el costo ruinoso del pan, la carne y el vino- acudieron a la llamada del liderazgo revolucionario instalado en el Palais Royal. Es cierto que, con más vacilaciones, esa llamada atrajo a los electores del Tercer Estado cuya base se encontraba en el Municipio. Además, la creencia de que la corte se preparaba para dispersar a los Estados y someter a París con la ayuda de tropas extranjeras ganó para la causa de la Revolución al cuerpo principal de la guarnición parisiense, pese a que estas tropas poco antes se habían dedicado a disparar sobre los alborotadores en el Faubourg Saint-Antoine. De modo que cuando Necker, el primer ministro por entonces popular, fue despedido el 12 de julio, el pueblo de los Faubourgs y los mercados se unió a la burguesía y las tropas descontentas para organizar una insurrección armada, el primer gran alzamiento popular de la Revolución. Se realizaron incursiones en los arsenales de los armeros y las casas religiosas en busca de armas, las odiadas *barrières* aduaneras fueron incendiadas, se reclutó una Guardia Nacional que incluía a jornaleros, pero no a "vagos" ni desocupados, se creó un gobierno revolucionario en el Municipio, y finalmente se tomó por asalto la Bastilla. El movimiento popular no se había "fusionado" totalmente con el de la burguesía revolucionaria; el ejemplo, donde no se había anticipado aún, fue seguido rápidamente en otras regiones de Francia.

Pero antes de concluir este capítulo, falta formular una

pregunta muy importante: ¿Qué sucedía en las ciudades provinciales de Francia? ¿Allí el pueblo común tenía una historia prerrevolucionaria análoga a la de París, o se limitaba sencillamente a la actitud que se explicó a Arthur Young respondiendo a una pregunta semejante formulada en Nancy, al día siguiente de la captura de la Bastilla: "Somos una ciudad de provincia; debemos esperar noticias de lo que está sucediendo en París." Ciertamente, los informantes de Young agregaron que, en vista del precio cada vez más elevado del pan, "debemos esperar lo peor del pueblo común", que estaba "al borde del disturbio".[13] Jaurès, que fue el primer historiador que prestó atención seria a esta cuestión, creía que Lyon, la más importante ciudad industrial de Francia, tenía su propia historia prerrevolucionaria, la que gravitó especialmente sobre sus trabajadores de la seda y los correspondientes patrones. "No creo", escribió, "que otra ciudad cualquiera de Francia se viese desgarrada tan violentamente por el conflicto social en el curso del siglo XVIII". A semejanza de historiadores ulteriores de la ciudad, Jaurès destacó los grandes conflictos obreros de 1744 y 1786 que descalabraron la industria, y se preguntó por qué los jefes de los obreros de la seda, después de excluir a los manufactureros-comerciantes -como no sucedió en ningún otro lugar de Francia- de las asambleas convocadas para redactar los *cahiers de doléances* de la industria, se mostraron absolutamente incapaces, cuando llegó el momento, de manifestar demandas destinadas a mejorar radicalmente las condiciones de los trabajadores. ¿A qué respondió esta situación? Paradójicamente fue imputable, como lo entendió Jaurès, y más tarde Soboul, a que, como resultado de su experiencia específica, los trabajadores lyoneses en un aspecto importante habían sobrepasado el límite de una revolución puramente burguesa: sus conflictos con los patrones ya habían comenzado a dividir la industria de acuerdo con líneas rigurosamente clasistas, hasta un punto que no había sido visto en París o en otros centros industriales de Francia.[14]

Pero, ¿qué puede decirse de otras ciudades, por ejemplo Dijon, Rennes, Grenoble, Estrasburgo, Burdeos, Ruan o Marsella? ¿En qué contribuyeron antes del acontecimiento a la crisis revolucionaria de julio de 1789? Algunas -Rennes, Dijon y Grenoble- tenían, como París, sus propios Parlamentos, y durante los episodios tumultuosos de 1787 y 1788 seguramente

presenciaron el desarrollo en el pueblo bajo de una nueva conciencia política o *prise de conscience*. Sin embargo, no hay pruebas ciertas de que este proceso alcanzara el nivel que observamos en los parisienses durante los meses tempranos de 1789. Sin embargo, cabe señalar la posible excepción de Rennes y el pequeño número de distintas ciudades de Bretaña, entre ellas Saint-Malo y Nantes, donde los "jeunes gens" -formados por estudiantes de derecho, empleados de oficina y los hijos de los notarios y los tenderos, por consiguiente principalmente pequeños burgueses más que *sans-culottes*- a partir de diciembre de 1788 comenzaron a promover disturbios y a iniciar la rebelión armada contra la nobleza en nombre del Tercer Estado. Por lo menos en Rennes hubo nuevos estallidos en enero y febrero de 1789.[15]

Quizá es sorprendente que tan escasa información de esta clase aparezca en las muchas historias locales y regionales que han sido escritas desde la época de Jaurès. Tales trabajos sin duda incluyeron estudios, además de los que ya hemos mencionado, de Estrasburgo, Marsella, Burdeos, Ruán, Montauban, Reims y Troyes. En todos hay pruebas suficientes de inquietud social, reflejada en los disturbios por los alimentos y las disputas obreras, pero al parecer no existe una constancia clara de una acentuación de la conciencia política o de la acción política del pueblo bajo antes del verano de 1789. Reconocemos que este panorama no es concluyente, porque es posible que las cuestiones pertinentes no hayan sido formuladas de manera directa. Debemos suspender un juicio definitivo hasta que se hayan realizado nuevas investigaciones. Sin embargo, por el momento es necesario suponer que, durante las semanas y los meses que precedieron al estallido revolucionario, la actividad política independiente de los pequeños tenderos y los artesanos se limitó a París, Lyon y un puñado de ciudades del oeste; y que en otros lugares, como sucedió con los informantes de Arthur Young en Nancy, la actividad local esperó más que anticipó las noticias y el ejemplo de los parisienses.

2

1789: LA REVOLUCION "BURGUESA"

Como vimos, la aristocracia, incluso los Parlamentos y el alto clero, intentó ampliar su poder en la *révolte nobiliaire* de 1787-1788. Este reto tuvo un doble resultado: desembocó en una victoria aristocrática sobre la Corona, pero también indujo al Tercer Estado, temeroso de las intenciones de sus rivales, a abandonar la neutralidad que había observado hasta allí, a unir sus propias fuerzas y a reclamar a su vez una participación en el gobierno. De modo que hacia 1789 -*"l'année cruciale"*, como lo denominó un historiador francés- el eje principal de la "revuelta aristocrática" era cosa del pasado y ahora había llegado el momento de que los dos contendientes restantes -la burguesía y el pueblo común (campesinos y *sans-culottes*)- realizaran su propio y específico aporte a la revolución que ahora sobrevino, sobre la base de una amplia alianza burguesa-popular, entre julio y octubre de ese año. Por lo tanto es conveniente, aunque no rigurosamente exacto, tratarlas como dos procesos separados en los dos capítulos siguientes.

Algunos historiadores -sobre todo Elizabeth Eisenstein en la *American Historical Review*- han negado la existencia de un componente "burgués" específico, diferenciado de un frente

"patriota" común donde los aristocrátas liberales a menudo representaron un papel determinante, en el desafío concertado al privilegio y el gobierno absoluto que llevó, a través de la guerra de folletos de 1788-1789 y las reuniones de los Estados Generales en Versalles, al estallido revolucionario de fines del verano de 1789.[1] Es verdad que la burguesía reaccionó lentamente, y prefirió esperar los hechos de 1787-1788 antes de hacer su propia reclamación; pero el desafío, una vez formulado durante el invierno de 1788, fue concebido de tal modo que promoviese un interés ampliamente "burgués" en que los abogados, los médicos y los comerciantes -más que sus aliados liberal-aristocráticos y clericales- señalaron el ritmo. Y esto será más evidente a medida que sigamos el curso de los acontecimientos de la primavera, el verano y el otoño de 1789.

Después de las escaramuzas iniciales de noviembre-diciembre de 1788, cuando el Tercer Estado comenzó a reaccionar frente a las pretensiones extravagantes de la aristocracia, el primer paso decisivo de la campaña fue dado a fines de enero de 1789, cuando el abate Sieyès -burgués sólo por adopción- publicó su famoso folleto *Qu'est-ce que le Tiers Etat*? El abate respondió a su propia pregunta con dos breves palabras: "la Nación"; y por "la Nación" entendía no sólo los veinticuatros millones de personas representadas por el Tercer Estado, y menos aun la pequeña minoría de doscientos mil *privilégiés* (incluidas sus familias), sino la nación en general. De modo que aún no estaba reclamando que el poder fuese conferido sólo al Tercer Estado, pero insistía, con sólidos argumentos, en que si las órdenes privilegiadas rehusaban acceder a la petición del Tercer Estado de unírseles en una asamblea deliberativa común, los plebeyos, que representaban una proporción tan abrumadora de la población del país, tendrían perfecta razón -y no sólo razón, sino voluntad- de ignorar la obstrucción de una reducida minoría y asumir en propias manos la dirección de los asuntos nacionales. Y en las condiciones que prevalecían en Francia en 1789 esto significaba que en la práctica la burguesía, en su condición de líder del *tiers*, realizaba su primer intento de asumir la dirección del gobierno mismo. Aunque ésta no era todavía la opinión general de los plebeyos, ya constituía un enunciado claro de la intención final.

Entretanto, prosiguieron los preparativos para la primera

reunión de los Estados Generales, ahora convocada para el 5 de mayo. El 24 de enero se publicaron las normas que regían la elección de los diputados y la redacción de los *cahiers de doléances*, o listas de quejas, destinadas a orientar las deliberaciones de los Estados. En general, se formaron distritos electorales a partir de las antiguas subdivisiones utilizadas para administrar justicia, los *bailliages* en el norte y las *sénéchaussées* en el sur. Se asignó a París el carácter de una división electoral separada, y como otra excepción se concedió a los Estados regionales del Delfinado, reconstituidos recientemente, el derecho de designar a sus propios diputados. Por lo demás, los diputados debían ser elegidos por sus propios Estados reunidos en asambleas separadas. Las órdenes privilegiadas gozaban del sufragio adulto masculino directo, y en cambio los diputados del Tercer Estado eran elegidos mediante una concesión un tanto más restringida, así como mediante un sistema más complicado de elección indirecta. Excepto en París, donde el sufragio se limitaba a los que pagaban seis libras anuales de *capitation*, los plebeyos franceses de veinticinco años o más, cuyos nombres estaban incorporados a las nóminas impositivas -por reducido que fuese el monto que pagaban- podían votar en la asamblea primaria, de la parroquia o de la corporación urbana. En resumen, todos los plebeyos adultos de sexo masculino gozaban del derecho de voto, con excepción de los servidores domésticos, los que no tenían casa *(non-domiciliés)*, los hijos que vivían en la casa del padre, los peones más pobres y los pobres de solemnidad. Pero los representantes en definitiva elegidos por su Estado surgían sólo después de dos, tres o cuatro etapas del proceso electoral, lo que dependía, entre otros factores, de que el electorado fuese urbano o rural, y del tipo de propiedad poseída por los electores.

Al margen de la intención oficial, el sistema sin duda favorecía a la burguesía urbana y profesional, que dominaba las discusiones y las votaciones en las asambleas del Tercer Estado. La burguesía aprovechó cabalmente su monopolio práctico de la cultura y la expresión verbal y gozó de los medios y el ocio necesarios para coordinar la acción común de los "patriotas", imprimir circulares y folletos, y promover campañas electorales que no estaban al alcance de los artesanos rurales y los campesinos, y mucho menos de los peones y los pobres de

la aldea. Por consiguiente, no es casualidad que la burguesía urbana se apoderase de los escaños correspondientes a los diputados del Tercer Estado: de los 610 que fueron a representar a su orden en Versalles, alrededor del 25 por ciento estaba formado por abogados, el 5 por ciento por profesionales, el 13 por ciento por industriales, comerciantes y banqueros; a lo sumo del 7 al 9 por ciento estaba formado por agricultores, y de éstos sólo unos pocos eran campesinos.[2]

Entretanto, había comenzado a formarse un partido "patriota" entre los promotores de la reforma constitucional. Aunque expresaba sobre todo las esperanzas del Tercer Estado, incluía a aristócratas acaudalados como el marqués de La Fayette y el duque de La Rochefoucauld, y a conocidos *parlamentaires* como Adrien Duport, Hérault de Séchelles y Lepeletier de Saint-Fargeau; algunos habían participado, como miembros del ala liberal, en la "revuelta aristocrática", y todos representarían un papel destacado en la Revolución. Algunos pertenecían a logias masónicas, otros al Comité de los Treinta, que se reunía en la casa de Duport y estaba formado por abogados y aristócratas y clérigos liberales, entre éstos Talleyrand y Sieyès. A su vez otros, como Sieyès y Mirabeau, se desempeñaban en el papel de nexos entre "los Treinta" y el duque de Orléans, que en su condición de casi pretendiente al trono desarrollaba su propia y específica campaña. Tales hechos han inducido a algunos historiadores a destacar demasiado la existencia de una dirección central de toda la agitación revolucionaria, y a exagerar el papel representado por los francmasones y "los Treinta", cuyas actividades han sido presentadas como prueba de una conspiración coordinada para socavar las instituciones del *ancien régime*. Sin embargo, debe recordarse que las logias masónicas, si bien en general sospechosas para la Iglesia establecida, reclutaban a hombres de todos los matices de opinión, y que las comunicaciones todavía no estaban bastante desarrolladas para permitir una dirección muy organizada a cargo de hombres relativamente desconocidos. Incluso así, sin duda es cierto que ahora comenzaban a aparecer jefes reclutados tanto en la burguesía como en el sector de los aristócratas liberales, los que podían suministrar cierta orientación a la discusión nacional, y gravitar con sus ideas y su personalidad en la acción espontánea de muchos miles que en términos generales compartían las mismas opiniones, o estaban dispuestos a adoptarlas, en todas las regiones del país.

Mientras tanto, los electores habían estado redactando sus *cahiers de doléances*. Eran de dos clases: los que fueron redactados en las asambleas preliminares de las parroquias y las corporaciones para someterlos a las asambleas de los *bailliages*, y los que fueron elaborados por los *bailliages* para presentarlos directamente a los Estados Generales. La mayoría de estos últimos ha llegado a nosotros, y se dividen más o menos equitativamente entre los tres Estados. Como cabía suponerlo, los *cahiers* del clero y la nobleza generalmente destacan su adhesión a los privilegios y las inmunidades tradicionales, aunque a menudo reconocen el principio de que deberían pagar una parte más considerable de los impuestos. Al mismo tiempo, se unen a los documentos del Tercer Estado en el reclamo de que se eliminen los abusos más opresores y destructivos de la monarquía absoluta. Condenan redondamente los abusos y la extravagancia del fisco, los actos arbitrarios de los ministros, el sistema de *lettres de cachet* (que implicaba la detención sin proceso), las anomalías y las vejaciones de las aduanas internas, y el caótico sistema de pesas y medidas que prevalecía. En un terreno más concreto, reclaman libertad de prensa y el individuo, aunque todavía no libertad de conciencia, y una constitución que, si bien afirmando la autoridad tradicional de la Monarquía, conferirá a los Estados Generales convocados periódicamente el derecho de aprobar leyes y votar impuestos, cuya evaluación y recaudación será confiada a asambleas provinciales y municipales electivas. En resumen, había un grado considerable de acuerdo entre los tres Estados en las cuestiones referidas a la reforma política y administrativa.

Pero los *cahiers* generales del Tercer Estado, redactados en casi todos los casos por portavoces de la burguesía, llegan mucho más lejos. No sólo reclaman libertad de palabra, de pluma y de reunión, libertad de comercio, y libertad frente al arresto arbitrario; en general, también insisten en la total igualdad civil de los tres Estados, es decir, en que el clero y la nobleza no sólo deben renunciar a supervivencias tan absolutamente desacreditadas como la servidumbre, sino también a privilegios seculares como el diezmo, las *banalités* (monopolios señoriales), el *champart* (la venta feudal en especies), los derechos de caza y la

jurisdicción señorial. Era lo que la burguesía había aprendido, si no por su propia experiencia, al menos gracias al estudio de las quejas de los campesinos; pero en estos *cahiers* rara vez o nunca se aborda la necesidad campesina más apremiante, es decir, más tierra.

De los *cahiers* locales ha sobrevivido una proporción mucho más reducida. Algunos son trabajos formales basados en modelos difundidos, y por lo tanto nos dicen poco acerca de las verdaderas intenciones de sus presuntos autores. Otros –y hay varios de éstos en el conjunto de "anotadores" parroquiales– son bastante auténticos e ilustran dos verdades: una, que los aldeanos que intervenían en los debates apoyaban las críticas burguesas a la monarquía absoluta y a las supervivencias feudales en las áreas del régimen de la tierra y la justicia; y la otra, que a menudo tenían sus propios reclamos sociales, y que en ciertos aspectos éstos los separaban claramente de los "capitalistas" y los grandes propietarios del Tercer Estado.[3] Volveremos sobre estos reclamos en el capítulo siguiente.

Los Estados Generales se reunieron en Versalles el 5 de mayo sobre el trasfondo de la crisis en ascenso y la inquietud popular. En París, el precio del pan era casi el doble de su nivel normal; se habían producido sangrientos disturbios en el Faubourg Saint-Antoine; y en la campaña los campesinos habían pasado de las palabras a los hechos y estaban deteniendo los convoyes de alimentos, asaltando los mercados y destruyendo las reservas de animales silvestres. Cuando se inauguró la gran asamblea, nada se hizo para respetar las susceptibilidades de los plebeyos o formular promesas de reforma de gran alcance. Se ordenó a los plebeyos que usaran el atuendo negro tradicional, que entrasen por una puerta lateral, y de todos los modos posibles se les recordó su jerarquía inferior. El Consejo Real había aceptado otorgar doble representación a los plebeyos, pero se había negado a aceptar la posterior reclamación de que deliberase juntamente con los restantes Estados. Necker simpatizaba con la idea, pero en el Consejo tropezó con la firme oposición de Barentin, el Guardián de los Sellos, y no pudo orientar a los delegados. Se limitó a aconsejar paciencia al Tercer Estado, y además invitó a los *privilégiés* a realizar el sacrificio voluntario de sus inmunidades fiscales. Entretanto, se ordenó a los Estados que se reuniesen en asambleas separadas y recomendaran

los temas que debían ser discutidos y votados en común. El rey no tenía una política definida, y se veía zarandeado de un lado al otro. Pero los plebeyos consideraron que ya habían decidido volcar su peso en favor de la nobleza y el clero, pues la doble representación era una victoria inútil si no la acompañaba la unión de los Estados: sin el apoyo de los diputados de igual posición pertenecientes a las restantes órdenes, siempre podían ser superados por la fuerza combinada de sus antagonistas. De modo que se negaron a deliberar como asamblea separada y exigieron una sesión conjunta para considerar la validez de los mandatos, como primer paso para realizar sesiones comunes en las cuestiones más fundamentales. Por supuesto, los obispos y los nobles percibieron el peligro y se opusieron a la sugerencia, si bien los obispos se vieron en dificultad para disuadir a los sacerdotes parroquiales –que los superaban en la proporción de cinco a uno– de la idea de unirse a sus colegas los plebeyos. Detrás de esta disputa de cinco semanas acerca del procedimiento había una lucha alrededor de un principio fundamental.

El 10 de junio, alentado por el apoyo que estaba recibiendo del exterior, el Tercer Estado decidió tomar el toro por los cuernos. Invitó a las restantes órdenes a reunirse en una sesión común para designar una autoridad común; si se negaban a aceptar el Tercer Estado, siguiendo en esto el argumento anterior de Sieyès, se declaraba dispuesto a proseguir sin los dos restantes. Reforzado por unos pocos sacerdotes parroquiales completó el control de los resultados electorales, eligió dos secretarios y a Jean-Sylvain Bailly como presidente; el 17 de junio, por mayoría de 491 a 89 votos, se arrogó el título de Asamblea Nacional. El primer acto revolucionario de la burguesía fue seguido por la emisión de dos decretos: uno establecía que la disolución de la nueva Asamblea, fuera cual fuese la causa, anularía todos los impuestos existentes; la otra, que tan pronto se hubiese aprobado una constitución, la deuda pública, en lugar de solventarse localmente, debía unificarse y correspondería al conjunto de la nación. El 20 de junio, afrontó un nuevo reto cuando la Asamblea se encontró –según parece por accidente– impedida de utilizar su acostumbrada sala de reuniones. Después de acompañar al presidente Bailly a una pista de pelota adyacente, todos los diputados excepto uno juraron solemnemente que la Asamblea Nacional no se disolvería antes

de que se hubiese establecido firmemente la Constitución. A esta altura de las cosas el clero había decidido, por escasa mayoría, unir su suerte a la de la nueva Asamblea; pocos días después se incorporaron 150 diputados clericales, encabezados por dos arzobispos.

Incluso antes de este último acto de desafío del Tercer Estado, Necker había exhortado al rey a reafirmar su autoridad, romper el punto muerto entre las órdenes y tomar la iniciativa en un ámbito legislativo. Con este fin, sugirió la celebración de una *séance royale*, donde se anunciaría que cuestiones como la constitución futura de los Estados Generales se discutirían en común, y en cambio las cuestiones que afectaban los intereses particulares de los Estados individuales continuarían siendo examinadas por separado. Después de agrias discusiones en el Consejo, el 19 de junio se adoptó la primera decisión, es decir, la celebración de la *séance* el 22, presumiblemente sobre la base de las propuestas de Necker. Pero entretanto, el rey, indeciso como siempre, había sido persuadido por otro consejo. Rodeado por un grupo de cortesanos a quienes dirigía su hermano más joven, el conde d'Artois –que contaba con el apoyo de la reina–, se le persuadió de que anulase los decretos dictados por la Asamblea autodesignada el 17 de junio, que remitiese la discusión de la futura organización de los Estados Generales a cada una de las órdenes por separado, y que se impusiera al Tercer Estado mediante una demostración de fuerza. En este momento se adoptó la decisión secreta de separar de su cargo a Necker.

Cuando la *séance royale*, postergada por un día, se reunió el 23 de junio, se realizaron esfuerzos con el fin de intimidar al Tercer Estado: se le tuvo esperando bajo la lluvia mientras los *privilégiés* ocupaban sus asientos, la sala fue rodeada por soldados, y los procedimientos exhibían toda la atmósfera arbitraria de un *lit de justice*.* La actividad principal fue dirigida por Barentin, un hombre de la reina, que leyó dos declaraciones reales. La primera declaraba nulas las resoluciones de la Asamblea Nacional, y si bien recomendaba la aceptación del principio de las sesiones comunes para las cuestiones de interés común, reservaba expresamente a la deliberación por separado las cuestiones relacionadas con los privilegios y las inmunidades especiales de los Estados Primero y Segundo. La segunda declaración delineaba el programa legislativo del Consejo. En general, contemplaba una reforma de las instituciones del *ancien régime* de acuerdo con los criterios ya preconizados en los *cahiers* de los tres Estados, pero la trama social del antiguo orden debía permanecer intacta: se afirmaba categóricamente que los diezmos y los gravámenes señoriales debían ser tratados como derechos de propiedad y que no se exigiría la renuncia al privilegio fiscal sin el consentimiento de las partes más directamente interesadas. Finalmente, se ordenaba a los Estados que se disolvieran y reanudaran la discusión en sus respectivas cámaras al día siguiente.

* Una sesión del Parlamento de París, convocada especialmente para oír el juicio del rey acerca de sus "oposiciones". El monarca yacía en su "lit de justice" y su veredicto prevalecía sin más discusión.

Pero los planes del partido de la corte abortaron. Millares de parisienses respondieron al desafío contrarrevolucionario y afluyeron a Versalles para exigir que Necker continuara en el cargo. Los soldados puestos al mando del príncipe de Conti se negaron a obedecer la orden de disparar, y los diputados del Tercer Estado, después de rechazar la orden de dispersarse al fin de la *séance*, fueron agrupados por Mirabeau, que pronunció un fogoso discurso. El rey se vio obligado a ceder. Necker permaneció en el cargo, y además de que la Asamblea Nacional –cuyo número se había elevado a 830 diputados– quedó dueña de su cámara, el 27 de junio los restos de las otras órdenes recibieron el mandato explícito de incorporarse a aquélla.

Hasta ahora el humor revolucionario que ya estaba manifestándose en París había carecido de una dirección eficaz. Pero al recibir las últimas noticias de Versalles las clases profesionales y comerciales de la capital, que estaban dispuestas a esperar los acontecimientos y que habían visto con escasa simpatía el sordo mascullar de los Faubourgs y los mercados, comenzaron a imprimir cierta orientación a las cosas. Sin su liderazgo, difícilmente se habría realizado la insurrección de julio. A partir de este momento, los periodistas y los panfletistas del entorno del duque de Orléans –entre los cuales estaban tanto Danton como Desmoulins– comenzaron a organizar un cuartel general permanente en el Palais Royal. Allí se congregaban miles de personas noche tras noche y conocían los lemas y las instrucciones de lo que Sébastian Hardy denominó en su Diario "el parti-

do revolucionario extremo". Asimismo, en este momento los 407 electores del Tercer Estado de París, cuya tarea había sido designar a los delegados parisienses que debían representarlos en Versalles, comenzaron a reunirse regularmente en el Municipio. Estos dos organismos representarían papeles diferenciados pero complementarios en los acontecimientos que siguieron. Sin embargo, durante los días anteriores el Palais Royal, con su amplia provisión de talentos y fondos, fue el único que imprimió una dirección concreta al movimiento popular. Mientras el Municipio se contentaba con trazar planes en el papel con vistas a la creación de una milicia de ciudadanos, el Palais Royal daba pasos, mediante la agitación pública y un manejo generoso de los fondos, para conquistar a las tropas –sobre todo, a los Gardes Françaises–, revirtiendo su sentimiento de lealtad hacia la corte. Los volantes que apoyaban la postura del Tercer Estado se distribuían en las guarniciones de París, y hacia fines los Guardias, que lealmente habían disparado a los participantes en los disturbios dos meses antes, en el Faubourg Saint-Antoine, desfilaban por las calles de París a los gritos de "¡Viva el Tercer Estado! ¡Somos los soldados de la Nación!" El 10 de julio, 80 artilleros que habían salido de sus cuarteles en el Hôtel des Invalides fueron agasajados públicamente en el Palais Royal y los Champs Elysées.

Como reacción frente a estos hechos, la corte, que había estado llamando constantemente tropas suizas y alemanas fieles a Versalles, intentó otra confrontación. El 11 de julio Necker fue exiliado y reemplazado por el barón de Breteuil, protegido de la reina. Fue la chispa que desencadenó la revolución popular en París, la que desde el punto de vista del Comité de Electores, instalado en el Municipio, amenazó salirse de cauce. Así, la mañana del 13 de julio ese organismo realizó un enérgico intento de afirmar su control. Formaron un comité permanente que actuó como gobierno provisional de la ciudad y decidió detener el armamento indiscriminado de la población entera, que ya había comenzado. Los miembros de este Comité entendían que las bandas de desocupados y gentes sin hogar, la mayoría de los cuales habían afluido desde la campiña circundante, representaban para la seguridad y la prosperidad de los ciudadanos una amenaza tan grave como la corte y las órdenes privilegiadas que conspiraban en Versalles. De modo que, teniendo presente ambas amenazas, ahora se dedicaron a organizar seriamente una milicia ciudadana o Guardia Nacional, y mal puede sorprender que sólo en relación con el primer aspecto fuese posible inducir al rey, al día siguiente, a otorgar su consentimiento. Se convocó a los propietarios de casas a las reuniones celebradas en los sesenta distritos electorales en que París estaba dividida. Cada distrito debía aportar 200 –más tarde 800– hombres. La misma tarde Barnave escribió a sus representados del Delfinado que ya había 13.200 ciudadanos registrados y equipados. De este cuerpo se excluyó a todos los vagos y a las personas sin domicilio *(gens sans aveu)*, e incluso a gran parte de los asalariados que tenían domicilio fijo: de hecho, se entendía que la Guardia debía ser, como escribió Barnave, una "buena burguesa". Pero las armas continuaron cayendo en manos no autorizadas mientras duró la insurrección. Para limitar su distribución, los electores encomendaron a un miembro del cuerpo, el abate Lefebvre, la vigilancia de las existencias de armas y pólvora acumuladas en las bóvedas del Municipio. Pero tan acentuada era la presión de la multitud que se había formado alrededor del edificio, que Lefebvre se vio obligado a entregar, por lo menos, la pólvora, con más rapidez y menos discriminación que lo que se había planeado.

Y a partir de esta frenética búsqueda de armas sucedió que el 14 surgió el clamor: "¡A la Bastilla!" Sin embargo, remitiremos al capítulo siguiente la historia de su ocupación, porque es parte de la revolución "popular" más que de la "burguesa". Sin embargo, los electores –y también esto es importante– representaron un papel en el episodio, aunque habrían preferido negociar su rendición concertando un acuerdo con su gobernador de Launay. Pero el plan fracasó y la fortaleza fue tomada mediante un ataque frontal en que los Gardes Françaises, recientemente incorporados a la revolución por el Palais Royal, representaron un papel fundamental. Su caída tuvo consecuencias dramáticas y profundas, que aprovecharon especialmente a los jefes "patriotas". Por lo menos momentáneamente la Asamblea Nacional estaba a salvo. El partido de la corte comenzó a desintegrarse cuando Artois, Condé y Breteuil se exiliaron, mientras se llamaba nuevamente a Necker, que había sido la víctima de aquéllos. En la capital, el poder pasó a manos de los electores, que organizaron un concejo municipal (o *Commune*) con Bailly

en el cargo de alcalde y La Fayette como comandante de su Guardia Nacional. Tres días después, el propio rey viajó a París, escoltado por cincuenta diputados, y fue recibido con aclamaciones en el Municipio donde, en signo de aquiescencia al giro de los hechos, se adornó con la escarapela roja, blanca y azul de la Revolución. Por lo tanto, parecía que la Asamblea Nacional ahora podía ejecutar tranquilamente su plan de dar una constitución a Francia.

Pero faltaba escuchar la voz de las provincias, que en general habían esperado, como se dijo a Arthur Young en Nancy a mediados de julio, saber "qué se hacía en París". Por supuesto, había excepciones a esta norma general, por ejemplo en Rennes y otras ciudades bretonas; en Dijon, el pueblo se alzó en armas y formó el núcleo de una Guardia Nacional el 15 de julio, anticipándose en tres días a la recepción de las noticias de París en el sentido de que la Bastilla había caído. Pero fue más frecuente que esta noticia, transmitida oralmente o por carta, durante los siete a catorce días siguientes indujese a actuar a las provincias imitando más o menos fielmente los grandes acontecimientos de París. "El espíritu parisiense de conmoción", escribió Arthur Young desde Estrasburgo el 21 de julio, "se extiende rápidamente"; y tuvo resultados casi instantáneos, y la velocidad de la reacción en general dependió –aunque de ningún modo fue siempre el caso– de la distancia de la capital. Así, Angers reaccionó el 17 de julio, Burdeos el 19, Lille y Estrasburgo el 21 y Toulouse el 27. En casi todos los casos la noticia provocó una "revolución municipal" en que la burguesía acaudalada generalmente representó el papel dirigente. Pero estos episodios asumieron distintas formas, de acuerdo con la historia reciente de aspectos como los conflictos sociales y políticos o la gravitación de los períodos de escasez y los disturbios. Así, en la Flandes marítima, la antigua corporación municipal se limitó a ampliar su composición, adoptó la escarapela tricolor y continuó trabajando como antes. A veces, como en Burdeos, los acontecimientos siguieron de cerca el ejemplo de París y abrieron paso a los electores del Tercer Estado. Con más frecuencia –como en Lille, Ruán, Cherburgo, Dijon, Reims, Rennes, Lyon y Montauban– las antiguas autoridades fueron apartadas o derrocadas mediante la fuerza y sustituidas por nuevos comités de ciudadanos más comprometidos, a menudo decididos a reducir el

precio del pan. En casi todos los casos la transferencia de la autoridad estuvo acompañada por la creación de una Guardia Nacional según el modelo parisiense, un cuerpo cuyo propósito principal era, lo mismo que en la capital, afrontar el doble peligro de la "licencia" popular y la obstrucción aristocrática de la reforma.[4] Entretanto, los intendentes, es decir, los antiguos gobernantes de las provincias, desaparecieron silenciosamente.

Poca duda cabe de que estos movimientos, que se ejecutaron a poca distancia de los hechos de París, elevaron la jerarquía y la dignidad de la Asamblea Nacional. Pero la posición de este cuerpo no era segura, ni mucho menos. Mientras la Corte y el Reino permanecieron en Versalles, y una minoría activa de diputados pudiese, unida con la corte, frustrar los deseos de la mayoría, el poder efectivo continuaba dividido en una suerte de equilibrio inestable entre la burguesía revolucionaria, apoyada por una minoría de aristócratas y obispos, y los partidarios del *ancien régime*. Las conquistas realizadas, aunque parecían sustanciales, eran precarias, Luis rehusaba ratificar algunas de las reclamaciones más apremiantes de la Asamblea, por ejemplo la Declaración de los Derechos del Hombre; había sucesivas intrigas realistas o aristocráticas encaminadas a secuestrar al rey para llevarlo a distancia segura de la capital; y en agosto se realizaron intentos decididos de persuadir a la Asamblea de que adoptase una constitución conservadora de estilo inglés, otorgando al rey el derecho de "veto" absoluto sobre la legislación, y creando una Cámara Alta.

Estas propuestas fueron formuladas por los llamados *Monarchiens* o "partido inglés", un grupo encabezado por Mounier y Malouet en el campo de los plebeyos, y por Lally Tollendal en la nobleza. Sus objetivos eran elaborar una constitución "mixta" de acuerdo con el modelo inglés, con división de poderes en proporciones más o menos iguales entre el rey, la nobleza y los comunes, y en que sólo los propietarios de cierta importancia tendrían derecho de voto, y los campesinos rebeldes y el *menu peuple* urbano ocuparían el lugar que les correspondía. El proyecto de una Cámara Alta tuvo escaso apoyo: no sólo se opusieron la izquierda y el centro, sino también la *noblesse* provinciana que temía verse excluida de hecho de una Cámara dominada por la aristocracia de la corte. Pero la propuesta del "veto" fue sostenida tenazmente, y provocó hondas divisiones en la

Asamblea y fuera de ésta. Los "patriotas" parisienses, afirmados en el Municipio, reclamaron su rechazo total; pero Barnave, que hablaba en nombre de la izquierda en Versalles, estaba dispuesto a negociar con el centro, que se inclinaba a aceptar. Cuando a fines de agosto se interrumpieron las negociaciones, la posición de los parisienses se había fortalecido, y un grupo de periodistas del Palais Royal (entre ellos Desmoulins) intentó inducir a sus conciudadanos a marchar sobre Versalles y obligar al rey a regresar a su capital. Pero el intento fracasó, porque Barnave y sus colegas, que temieron una trampa, se opusieron, y porque los parisienses aún no estaban convencidos de la necesidad de dar ese paso.

Pero llegarían a convencerse cinco semanas más tarde, cuando se agravó la crisis de los alimentos y el partido de la corte desencadenó una nueva oleada de provocaciones que, a partir de mediados de setiembre, reincorporaron a la escena a los propios "patriotas". El 11 de setiembre Barnave, en un nuevo intento de negociar un acuerdo, convenció a la Asamblea de que exhortase al rey a adoptar una actitud más conciliadora hacia las propuestas de la mayoría, y como respuesta directa a esta insistencia la corte decidió apelar nuevamente a la fuerza militar. El día 15, Luis, que había rechazado el consejo de los moderados de trasladar la corte a una ciudad provinciana, donde estaría más segura, ordenó que el Regimiento Flandes fuese a Versalles. La noticia fue saludada con un banquete ofrecido por los Gardes-du-Corps reales, y en el curso de la comida la nueva escarapela tricolor fue pisoteada y la reina y sus hijos fueron recibidos con fervor casi místico. El incidente fue muy difundido por la prensa parisiense y provocó una respuesta casi inmediata tanto del pueblo como de los jefes "patriotas" de la Asamblea Nacional. Esta vez Barnave, ofendido por el episodio, retiró su oposición a la apelación a la fuerza. Danton presentó en el Club de los Cordeleros una resolución en la cual exhortaba a los parisienses a marchar a Versalles con un ultimátum al rey, y Desmoulins repitió desde el Palais Royal su convocatoria a los parisienses, para que llevasen el rey a París.

Los parisienses respondieron ahora con lo que se ha denominado los "días" de octubre; y el pueblo más que los "patriotas" o la burguesía fue quien manifestó el protagonismo más activo.

3

LA REVOLUCION "POPULAR"

La revolución "popular" de 1789 se divide naturalmente en dos partes principales; las que se relaciona con los campesinos y la que corresponde a los *sans-culottes* urbanos. Aunque compartían un fondo político común, cada una tenía su propio y particular origen y su modo de comportamiento, y cada una arrojó resultado inmediatos y generales diferentes. Los dos movimientos se superpusieron parcialmente, pero el movimiento campesino comenzó primero, y fue también el primero que terminó, por lo menos provisionalmente.

Como observamos en un capítulo anterior, los orígenes de la inquietud campesina estaban en las condiciones económicas y políticas del *ancien régime* y se alimentaban de las protestas provocadas por los impuestos y la exacción señorial de gravámenes, servicios y obligaciones que se remontaban a los tiempos medievales. Además, los campesinos más pobres –que eran compradores más que productores de trigo y pan– también padecían en la condición de pequeños consumidores a causa de los frecuentes aumentos del precio de los alimentos. Y esta fue la cuestión inicial en lo que se convirtió en un movimiento campesino permanente y prolongado que comenzó durante el

invierno de 1788, y se desarrolló hacia la primavera de 1789 para convertirse en una rebelión más general contra las leyes de la caza, los derechos de caza, los impuestos reales, los diezmos y los gravámenes señoriales. La revuelta campesina –o "revolución", como la denominó Lefebvre– tuvo una identidad y un impulso completamente propios, y a diferencia de los estallidos urbanos de las provincias no esperó las "noticias de París" antes de comenzar. Sin embargo, estas noticias en efecto le imprimieron un nuevo estímulo, sobre todo a causa de los rumores que también llegaban: no sólo que la corte y la aristocracia habían intentado disolver la nueva Asamblea –en la cual los campesinos depositaban grandes esperanzas– mediante la fuerza de las armas, sino también que las tropas realistas, disueltas después de la caída de la Bastilla, en realidad estaban formadas por "bandidos" que se disponían a apoderarse de las tierras y destruir las cosechas de los campesinos. Así, "el miedo engendró miedo" (para citar nuevamente a Lefebvre) y confirió una nueva dimensión a la inquietud campesina, la cual, durante la última parte de julio, se generalizó y difundió sobre la mayor parte de Francia. Tenía objetivos precisos, y nunca adoptó la forma de una *jacquerie* desordenada, como a menudo había sucedido antes con los estallidos campesinos. Apuntó a blancos cuidadosamente seleccionados, se detuvo en el límite de las ciudades y buscó los odiados pergaminos señoriales y los *châteaux* en los que se sabía que estaban guardados. Aldeas enteras, a veces encabezadas por sus funcionarios locales, se pusieron en marcha, y centenares de *châteaux* fueron incendiados; tanto el rumor como la distribución de volantes confirmó la creencia general de que esto se hacía en nombre –ya que no por orden directa– del rey. No hubo desórdenes indiscriminados, y por lo que se sabe sólo cuatro *seigneurs* (nobles y burgueses) perdieron la vida. Había pocos delincuentes entre los atacantes, y como dijo un magistrado al referirse a dos docenas de hombres a quienes sentenció a penas de prisión o muerte: "Al parecer, se reunieron de común acuerdo con la intención de destruir castillos y mansiones, y liberarse de sus rentas destruyendo las correspondientes cartas".

De esta rebelión campesina general, cuyo impulso principal estuvo dirigido contra los *châteaux* y las cartas señoriales, surgió a fines de julio ese extraño y particular fenómeno llamado el "Gran Miedo", un fenómeno que, como Lefebvre siempre insistió en señalar, tiene rasgos muy peculiares y propios. El miedo –dijo Lefebvre– era un factor permanente, pero ya no se trataba sencillamente del miedo de que los "bandidos" estuviesen acercándose; ahora era "la certidumbre total" de que en efecto habían llegado a la puerta y se disponían a entrar. Ya no se trataba de dispersos bolsones de miedo muy separados unos de otros a lo largo y lo ancho del país; el pánico se había concentrado ahora en regiones bien definidas, y en cada una se extendió en un proceso de reacción en cadena y de contagio de una ciudad o una aldea a la siguiente. El Gran Miedo se ajustó a límites precisos de tiempo y lugar: los disturbios empezaron el 20 de julio y concluyeron el 6 de agosto, se limitaron a media docena de regiones y pasaron de largo al lado de alguna de las principales áreas de la rebelión campesina. Por ejemplo, Bretaña se mantuvo prácticamente intacta, y lo mismo puede decirse de Alsacia, el Mâconnais (norte de Lyon), las Landas y el país vasco hacia el suroeste, y los bosques normandos del noroeste, y por su parte dos de las regiones más revoltosas del norte, Hainault y Cambrésis, apenas fueron tocadas. Ya no había un solo punto de partida en París, como en el caso del miedo más generalizado; ahora se trataba de media docena de puntos de arranque, tantos como corrientes u olas en su esfera de operaciones. Cerca de Nantes, donde comenzó el Gran Miedo, se difundió el rumor –y se extendió prontamente a las aldeas de los alrededores– de que un destacamento de dragones marchaba sobre la ciudad. En Clermont, cerca del centro, el Miedo partió de una disputa entre cazadores furtivos y guardabosques; cerca de Angoulême, en el suroeste, halló su causa en el temor a los mendigos y los vagabundos en vísperas de la cosecha; y cosas por el estilo. Lefebvre resume así el progreso de cada una de la media docena de corrientes del Gran Miedo:

> El Gran Miedo de Les Mauges y Poitou comenzó en Nantes el 20; el de Maine, al este de la provincia, el 20 y el 21; el Miedo en el Franco-Condado, que difundió el pánico en todo el Este y el Sureste, el 22; en Champaña meridional comenzó el 24; en el Clermontois y el Soissonnais el 26; cruzó el Suroeste partiendo de Ruffec (norte de Angoulême) el 28; llegó a Barjols en

Provenza el 4 de agosto y a Lourdes, al pie de los Pirineos, el 6 del mismo mes.[1]

Pero a pesar de la confusión y la irracionalidad con todos sus concomitantes, el Gran Miedo tuvo rasgos y resultados positivos. Obligó a las ciudades y a las milicias creadas poco antes a organizarse con más eficacia; relacionó a las ciudades y las aldeas, y de ese modo creó las bases de la Federación futura; y alimentó un odio más intenso hacia la nobleza, lo cual a su vez imprimió ímpetu al progreso de la Revolución en las provincias. En una sola región el Miedo precedió a la rebelión campesina general. Fue en el Delfinado, donde el ataque a los *châteaux* y las cartas derivó directamente del armamento de los campesinos con el fin de enfrentar a los "bandidos" conjurados por el Gran Miedo.

Más aún, como parte de la rebelión general de los campesinos, el Miedo contribuyó a promover resultados que fueron aún más trascendentes y duraderos, pues a principios de agosto la Asamblea Nacional se vio obligada por la permanente inquietud del lugar a prestar atención inmediata a las supervivencias del privilegio feudal y las apremiantes necesidades de los campesinos rebeldes. Así, mientras aún se reunía en Versalles, realizó concesiones importantes con el fin de sofocar la conflagración. Estas adoptaron la forma espectacular de la anulación, la noche del 4 de agosto, de los derechos señoriales considerado aún "feudales" y de las inmunidades fiscales, apreciadas y defendidas obstinadamente durante tanto tiempo. Pero la afirmación de la Asamblea en el sentido de que con esos pasos "el régimen feudal había sido completamente destruido" era engañosa: si bien los restos de la servidumbre, la *corvée* (trabajo impago en los caminos), el diezmo eclesiástico y las *banalités* quedaban abolidos lisa y llanamente, algunos de los privilegios y las obligaciones más onerosas –el *cens,* la renta compensatoria, el *champart* y los *lods et ventes* entre ellos, a lo sumo podían ser redimidos –o esa fue la intención– mediante compensación pagada por los campesinos a sus terratenientes. Los terratenientes nunca cobraron su dinero (la indemnización total ha sido estimada en 4.000 millones de libras), lo cual fue imputable menos a la previsión y la generosidad de los legisladores, burgueses y aristocráticos, que a la permanente –aunque

provisionalmente sofocada– resistencia de los campesinos, que no estaban dispuestos a aceptar diferencias tan finas entre lo que era "feudal" y lo que no lo era. De modo que Alfred Cobban tiene razón cuando arguye que la concesión obtenida con lo que se ha denominado los "Decretos de Agosto" reflejó las ventajas particulares que los terratenientes burgueses deseaban obtener.[2] Pero la resistencia campesina con el tiempo demostró ser demasiado intensa para mantener la línea donde se la había trazado en agosto de 1789: y la combinación de la militancia campesina con la necesidad jacobina de un grado más amplio de unidad nacional en momentos de crisis política indujo a la Convención jacobina, por un decreto de junio de 1793, a poner punto final al "régimen feudal".[3]

El aporte de los *sans-culottes*, aunque menos duradero, fue igualmente dramático. Su permanente intervención en las calles contribuyó a impulsar la Revolución a través de todas las etapas sucesivas. La rebelión de los *sans-culottes* comenzó con la lucha por la supervivencia física. A lo largo del siglo XVIII, la preocupación más constante del *menu peuple* urbano –los asalariados, los pequeños tenderos, los artesanos y las amas de casa– fue el suministro de pan barato y abundante. La protesta popular por el pan comenzó a cobrar una nueva dimensión política en cierto momento entre noviembre de 1788 y febrero de 1789, un período decisivo señalado por el fin de la "rebelión aristocrática" y la reclamación de poder del Tercer Estado. Favorecido por este ímpetu, la "politización" del *menu peuple* –sobre todo, pero no exclusivamente, el de París– se desarrolló con ritmo sostenido.

Los disturbios de Réveillon estallaron en el Faubourg Saint-Antoine a fines de abril. Se los ha denominado el primer gran estallido popular de la Revolución en París, aunque quizá con la misma razón pueda afirmarse que fue el último del *ancien régime* o, quizá todavía con más exactitud, deba vérselos como un momento de transición entre los dos. Réveillon era un próspero fabricante de empapelado, cuya fábrica principal, en la Rue du Faubourg Saint-Antoine, empleaba 350 obreros. Era acaudalado: su biblioteca contenía 50.000 volúmenes, y decíase que sus muebles valían 50.000 libras. Gozaba de la reputación de buen patrón, que pagaba a sus obreros no menos de 25 sous diarios en momentos en que era usual que se retribuyese al tra-

bajador a lo sumo con 20, y ciertamente es significativo que ninguno de sus propios operarios estuviese entre los muertos y los heridos en el incidente, o entre los que fueron detenidos después por la policía. Entonces, ¿por qué un ciudadano tan sólido, buen patrón y miembro respetado de la Asamblea Electoral local se convirtió en blanco de la violencia destructiva de los jornaleros y los peones del distrito Saint-Antoine?

El 23 de abril Réveillon pronunció un discurso en la Asamblea del distrito Sainte Marguerite, y en esa pieza lamentó los costos cada vez más altos de la producción y la carga impuesta a la industria por el elevado nivel de los salarios. Parece que manifestó su añoranza de los tiempos en que los trabajadores podían arreglarse con sólo 15 sous diarios. Opiniones análogas fueron expresadas el mismo día por Henriot, un fabricante de pólvora de un distrito vecino. De todo esto hay constancia, y que estas observaciones, al margen de su intención, fueron las que suscitaron la furia inmediata y espontánea de los asalariados del Faubourg es evidente a partir de un informe preparado para el gobierno la mañana siguiente por el Teniente de Policía.

Después de la pausa, la tormenta estalló el 27; era lunes *(saint-lundi)* día de descanso de los trabajadores, y por lo tanto apropiado para la ocasión... A las tres de la tarde, dice el informe policial, quinientos o seiscientos trabajadores se reunieron cerca de la Bastilla y, después de colgar en efigie a Réveillon, recorrieron diferentes sectores de la ciudad con figuras que representaban a los dos fabricantes. Esa misma tarde Hardy, cuya librería de la Rue Saint-Jacques estaba situada admirablemente para presenciar tales desfiles, observó en su Diario que la "insurrección" se había extendido al distrito de Notre-Dame. Más tarde, vio a varios centenares de trabajadores, armados con estacas y encabezados por un tambor, en la Rue de la Montagne-Sainte Geneviève. Después de reclutar refuerzos en el Faubourg Saint-Marcel, regresaron al Municipio, con una fuerza de alrededor de 3.000 personas.[4] Pero un primer intento de atacar la fábrica de Réveillon en la Rue de Montreuil se vio frustrado por la presencia de los soldados, de modo que la multitud cambió de rumbo y se dirigió a la casa de Henriot, en la cercana Rue de Cotte, y al llegar destruyó los muebles y los efectos personales. Entretanto, fueron llamadas más tropas y pareció que la crisis había concluido.

Temprano en la mañana siguiente el movimiento recomenzó y se extendió sobre un sector más amplio. Ese día nadie trabajó en los muelles, y por la tarde temprano se incorporaron más obreros fabriles y jornaleros de los talleres, muchos reclutados por los grupos que se desplazaban. La culminación llegó esa tarde a las seis, cuando la multitud asaltó la casa de Réveillon. La fuerza protectora de cincuenta Guardias del regimiento de la Corbata Real fue apartada, y la destrucción de la noche precedente se repitió en mayor escala. El duque de Châtelet, que mandaba las Gardes Françaises, dio orden de disparar. Muchos murieron (se desconoce el número exacto), pero la multitud respondió luchando y gritando "¡Libertad... no cederemos!" Otros gritaron, y esto fue un indicio importante del ánimo popular, "¡Viva el Tercer Estado!", y también "¡Viva el rey!" y "¡Viva el señor Necker!" La batalla duró hasta las ocho, en que la gente –tanto los sitiadores como los espectadores– se dispersaron. Hardy temió una repetición al día siguiente y observó que, antes de dispersarse, los perturbadores habían advertido que "por la mañana provocarían un gran desorden para imponer la rebaja del precio del pan".[5] Pero fuera de las autopsias y la intervención judicial –un hombre fue ahorcado, cinco fueron exhibidos en la picota y veintiséis, incluso una mujer, sufrieron cortas penas de cárcel–, aquí terminó el asunto.

¿Cuál fue, por lo tanto, el eje de este violento disturbio? Ciertamente no fue una huelga, pese a la abrumadora proporción de asalariados en el grupo de los participantes; porque si lo hubiera sido, ¿cómo se explicaba que el personal del propio Réveillon no se hubiera comprometido en el asunto? La última observación de Hardy nos aporta una clave: tras la cólera provocada por las imprudentes observaciones de Réveillon y Henriot acerca de los salarios había una inquietud más profunda y premiosa: el precio del pan. Es significativo que, al dispersarse, la multitud intentó asaltar dos tiendas de alimentos del vecindario. Sin duda, también había cierto grado de motivación política, indicación cierta de que los trabajadores tenían conciencia de que los Estados Generales debían reunirse en Versalles una semana después. En este aspecto, los dos lemas voceados son importantes: "¡Viva el Tercer Estado!", por cierto adecuado si consideramos el nuevo significado asignado al término en la

ideología popular; Réveillon y Henriot eran miembros destacados de sus respectivas asambleas electorales, pero con su comportamiento habían demostrado que no merecían el título. Igualmente adecuado y más fácilmente comprensibles fueron los gritos "¡Viva el rey!" y "¡Viva el señor Necker!" La gente aún creía que los dos eran defensores del Tercer Estado en vísperas de los trascendentes acontecimientos que se desarrollarían en Versalles.[6]

Tanto los campesinos como los *sans-culottes* habían tenido cierta intervención, aunque rara vez decisiva, en la elaboración de los *cahiers* preparatorios de las parroquias y las corporaciones. Hemos señalado que algunos de estos *cahiers* populares criticaban ásperamente a los "capitalistas" y propietarios acaudalados del Tercer Estado. Pero rara vez se oye la voz de los asalariados, y menos aún en París, donde se invita a formular sus quejas sólo a las corporaciones mercantiles más prósperas. También en otros lugares los *compagnons*, o jornaleros, generalmente se veían excluidos de las asambleas de los maestros artesanos. Había excepciones, como en Reims, Troyes, Marsella y Lyon, donde los trabajadores protestaron contra el alza de los precios, pero por lo demás aceptaron la conducción de sus maestros. Sin embargo, algunos asalariados y artesanos o pequeños comerciantes formularon más explícitamente sus quejas contra los mercaderes y los patrones. Por ejemplo, de Concarneau, cerca de Quimper, llegaron dos *cahiers*, redactados por pescadores en un caso y por marineros en el otro, para quejarse de los recortes aplicados a sus derechos de pesca por los egoístas propietarios de embarcaciones y los "monopolistas". Los jornaleros sombrereros de Orléans se quejaron amargamente de los bajos precios con que retribuían su trabajo los comerciantes sin escrúpulos; y los artesanos de Pont l'Abbé (Bretaña) reclamaron que el despacho municipal se abriese no sólo a los burgueses sino también a los artesanos y los pequeños campesinos propietarios.[7]

Los *cahiers* campesinos abundan más y tienden a ser más francos e incluso más explícitos. Además de las quejas de la comunidad rural entera –que incluye, por supuesto, lo que Lefebvre ha denominado una "burguesía rural"–, a veces escuchamos las quejas específicas del pequeño propietario, el mediero o el arrendatario. En el distrito de Ruán, donde el precio de la hogaza de 4 libras se había elevado a 16 sous, los aldeanos exigieron que se redujese a la mitad. En Bretaña, los pequeños campesinos que poblaban los alrededores de Rennes se quejaron de que la carga de los impuestos y los derechos señoriales era tan onerosa que una parcela de tierra con un rendimiento bruto de 40 libras anuales apenas suministraba a su propietario un ingreso neto de la cuarta parte de esa suma. En Lorena y Hainault, los campesinos sin tierra y los pequeños propietarios *(laboureurs)* unieron fuerzas para oponerse a los edictos de cercamiento y los planes de despeje de la tierra promovidos por los miembros más prósperos de su comunidad. En cambio, en los Vosgos, un *cahier* parroquial señalaba que la asignación de tierra a los campesinos que no la tenían, en cumplimiento de una decisión de los plebeyos, perturbaba las relaciones armoniosas que habían existido hasta ese momento entre los campesinos y los propietarios.[8] En resumen, los *cahiers* parroquiales reflejaban tanto los lazos comunes de intereses que vinculaban a todos los miembros de la comunidad campesina en contraposición al recaudador de impuestos real, el beneficiario de los diezmos y el terrateniente, como las posteriores divisiones en el seno de la propia comunidad, que separaban al pequeño consumidor del gran productor, y al trabajador sin tierra y el mediero del arrendatario y el *laboureur* acomodado. La revolución en la aldea reflejó todos estos elementos y continuaría haciéndolo después de los hechos dramáticos del verano de 1789.

La contribución de los *sans-culottes*, aunque secundaria en mayo y junio, tuvo mayor importancia para el curso y el desenlace de los hechos revolucionarios que se sucedieron en julio y octubre. El primero de estos episodios comenzó cuando la noticia de la exoneración de Necker llegó a París, el 12 de julio. Los parisienses acudieron al Palais Royal, donde los oradores –Camille Desmoulins entre ellos– proclamaron el llamamiento a las armas. Rápidamente se formaron grupos de manifestantes y desfilaron con los bustos de Necker y Orléans, los héroes del momento, por los bulevares; se cerraron los teatros como signo de duelo; en la Place Louis XV (hoy Place de la Concorde), los manifestantes chocaron con la caballería mandada por el príncipe de Lambesc, a quien se había ordenado que despejase los jardines de las Tullerías. Besenval, comandante de la guarnición

de París, se retiró al Champ de Mars. La capital quedó en manos del pueblo.

Cuando la campana dio la alarma, bandas de insurgentes se unieron a los que, dos días antes –por propia iniciativa o por iniciativa del Palais Royal– ya habían comenzado a incendiar las odiadas *barrières*, o puestos aduaneros, que circundaban la ciudad. Aunque el Palais Royal casi seguramente tuvo participación directa en la operación –se informó que dos puestos pertenecientes al duque de Orléans intencionadamente fueron omitidos por los incendiarios– el pueblo común de París tenía su propia cuenta que arreglar con una institución que cobraba peaje a los vinos, la carne, las verduras y la leña que entraban en la capital. Durante la noche grupos de civiles armados, Gardes Françaises y pobres locales irrumpieron en el monasterio de Saint-Lazare, sobre el límite norte de la ciudad, buscando las armas que según se sabía estaban ocultas allí, liberaron a los prisioneros y retiraron cincuenta y dos carros de trigo y harina que fueron llevados al mercado central de granos. Pero el aspecto principal de esa noche fue la búsqueda frenética de armas. Hubo visitas a las casas religiosas y los armeros, y los fabricantes de arneses fueron asaltados en la capital entera. De hecho, los armeros parisienses más tarde presentaron a la Asamblea Nacional una declaración de sus pérdidas, que representaban más de 115.000 libras –poco más de 9.000 libras esterlinas–, las que aparentemente no fueron recobradas. La mañana siguiente continuó la búsqueda, y se retiraron 30.000 mosquetes del Hôtel des Invalides. A partir de este momento resonó el clamor: "¡A la Bastilla!".

Los historiadores realistas se han burlado de la imagen de millares de parisienses arrojándose sobre la Bastilla para liberar a un puñado de prisioneros: allí se retenía solamente a siete. Pero dicha crítica yerra el blanco. El propósito inmediato fue encontrar la pólvora que había sido enviada allí desde el Arsenal, un movimiento tanto más urgente después de la gran provisión de mosquetes retirada de los Invalides. Sin duda, otros motivos representaron un papel. Se creía que la fortaleza poseía una importante guarnición; sus cañones, que esa mañana apuntaban a la Rue Saint-Antoine, podían provocar un desastre en las casuchas atestadas; además, se rumoreaba que durante la noche las tropas habían entrado en el Faubourg y ya habían

comenzado a masacrar a sus ciudadanos. Más aún, aunque tenía sólo un puñado de prisioneros oficiales, la Bastilla era odiada generalmente como símbolo del "despotismo" ministerial: los *cahiers* parisienses de los tres Estados lo atestiguan. Pero no existía la intención de tomarla por la fuerza, y menos aún pensaba tal cosa el Comité Permanente de Electores que dirigía las operaciones, con vacilante incertidumbre, desde el Municipio. Este cuerpo había aclarado desde el principio sus intenciones: negociar con el gobernador la entrega de la pólvora que retenía y el retiro de todos los cañones instalados en sus almenas. Con este propósito el Comité envió una delegación –seguida después por otra– para parlamentar con él a las diez de la mañana. De Launay los recibió cortésmente, los invitó a comer y, aunque se negó a entregar la fortaleza, prometió que no dispararía a menos que fuese atacado.

Pero se suspendieron las negociaciones después que la multitud, que rodeó la fortaleza y temió una trampa cuando la delegación tardó tanto en reaparecer, descendió el puente levadizo, inexplicablemente sin vigilancia que conducía al patio interior. Temeroso de un ataque frontal inminente, de Launay dio orden de disparar. En el combate que siguió los sitiadores tuvieron noventa y ocho muertos y setenta y tres heridos. En este punto, los electores abandonaron sus esfuerzos y la multitud se hizo cargo de la situación. El golpe decisivo fue asestado por dos destacamentos de las Gardes Françaises que, respondiendo al llamado de Hulin, un ex suboficial, marchó hacia la fortaleza con cinco cañones retirados esa mañana de los Invalides. Con el apoyo de unos pocos centenares de civiles armados, apuntaron los cañones sobre la entrada principal. De Launay amenazó volar la fortaleza, pero disuadido por su guarnición descendió el principal puente levadizo y se rindió a sus atacantes. El propio de Launay y seis de los 110 defensores fueron muertos; cabe señalar que fue un reducido número de víctimas, cuando se compara con las pérdidas mucho más altas sufridas por los sitiadores. Así cayó la Bastilla, con las consecuencias políticas señaladas brevemente más arriba.

Pero falta responder a una pregunta: en realidad, ¿quiénes eran los sitiadores? Entre las muchas leyendas que acompañaron a la captura de la Bastilla pocas fueron tan persistentes como las que describen a sus atacantes como vagabundos, cri-

minales, o una chusma mercenaria alquilada en las tiendas de bebidas alcohólicas del distrito de Saint-Antoine. Pero todas las pruebas disponibles refutan este concepto. Gracias a las listas de los *vainqueurs de la Bastille* acreditados, redactadas después por la Asamblea Nacional, conocemos las profesiones, la edad y la dirección de la gran mayoría de los civiles –alrededor de 600– que intervinieron directamente en la ocupación de la fortaleza. La mayoría, lejos de estar formada por vagabundos o desheredados, eran residentes estables del Faubourg Saint-Antoine y las parroquias adyacentes; la edad media era de treinta y cuatro años; casi todos eran padres de familia, y además la mayoría estaba formada por miembros de la milicia cívica recientemente formada, de la cual se había excluido rigurosamente a los vagabundos y las *gens sans aveu*. Aquí aparecen los nombres de un puñado de hombres que habrían de distinguirse en el curso de la Revolución –por ejemplo Jean Rossignol, orfebre y más tarde general de la Revolución, y Antoine-Joseph Santerre, acaudalado fabricante de cerveza y comandante en jefe de la milicia que derrocó a la Monarquía en agosto de 1792. Pero casi todos eran hombres comunes, reclutados en los oficios y las profesiones típicas del Faubourg y los distritos adyacentes: carpinteros y ebanistas, cerrajeros y zapateros –estos últimos representaban más de un cuarto de los civiles atacantes–, tenderos, fabricantes de gasas, escultores, trabajadores del río y peones, y en el conjunto los artesanos y los tenderos aventajaban holgadamente a los asalariados, de modo que en general constituían una imagen bastante fiel de la población trabajadora del Faubourg.[9]

Pero en un sentido más amplio tal vez podamos coincidir con Michelet en que la captura de la Bastilla fue obra, no de los pocos centenares de ciudadanos provenientes sólo del distrito de Saint-Antoine, sino del pueblo de París en general. Se ha afirmado que ese día de 180.000 a 300.000 parisienses estaban bajo las armas. Desde un punto de vista más general, no debemos ignorar el papel representado, aunque de manera menos conspicua, por la gran masa de los pequeños artesanos, los comerciantes y los asalariados parisienses –en el Faubourg Saint-Antoine y en otros lugares– cuyo ánimo revolucionario se había visto plasmado a lo largo de muchos meses por el elevado costo de la vida, y, a medida que se acentuó la crisis política, por la convicción cada vez más acentuada de que las esperanzas suscitadas por la convocatoria de los Estados Generales estaban siendo frustradas por una "conspiración aristocrática".

Y fue precisamente la misma convicción, acentuada todavía más por el aumento del precio del pan, lo que estimuló la participación popular en las "conmociones" provinciales que en general imitaron el ejemplo de París. Ya hemos mencionado los estallidos de Dijon, Angers, Lille y Toulouse; hubo otros en Nancy y Douai, y Arthur Young narró el desarrollo de manifestaciones análogas en Estrasburgo y Belfort hacia fines de julio. El historiador moderno Vovelle, al describir esos incidentes en Provenza (en Aix, Marsella, Toulon), observa que en Marsella la composición de la multitud, con su predominio de artesanos, se ajustaba a un esquema más o menos semejante al de la Bastilla.[10]

Hemos visto también que el temor suscitado por una "conspiración aristocrática" representó un papel importante en cuanto incitó a los parisienses a marchar sobre Versalles en octubre. El movimiento estaba bien preparado, entre otras cosas, por el desarrollo de la ideología revolucionaria popular en agosto y setiembre. Que el pueblo común de la capital estaba siendo influido más profundamente por las corrientes de la opinión avanzada había sido evidente durante la campaña electoral, y el fenómeno se acentuó. Los debates mantenidos en Versalles durante los meses de julio y agosto llegaban con sorprendente velocidad a las multitudes del Palais Royal y la Place de Grève. La expresión *tiers état* ya estaba en boca de los artesanos en vísperas del asunto Réveillon, durante la tercera semana de abril. El 24 de agosto, incluso antes de que se adoptara la Declaración de Derechos, un oficial armero, arrestado por la policía porque había insultado a La Fayette, insistió en que "le droit de l'homme" le otorgaba derecho a un juicio justo. Malouet informa que los porteadores de *chaises*, que estaban cerca de la entrada de la Asamblea Nacional, discutían las virtudes y los defectos del "veto" real; y a mediados de setiembre los trabajadores desocupados de los *ateliers de charité* manifestaron su intención de ir a Versalles para traer a París a la familia real. Pero la crisis de los alimentos fue otra vez el factor que confirió un filo especial a la agitación popular. Una semana después de la caída de la Bastilla, el precio de la hogaza de cuatro libras

había descendido de 14½ a 13½ sous, y dos semanas más tarde, después de las manifestaciones ante el Municipio, a 12. Pero la calma que siguió duró poco. La cosecha había sido buena, pero la sequía prolongada impidió que los molineros moliesen una cantidad suficiente de grano. La escasez de harina y pan que resultó de esta situación permitió que los especuladores hicieran su agosto, pero inquietó mucho a los panaderos, que eran los blancos más inmediatos de la venganza popular. A lo largo de agosto y setiembre hubo permanentes disturbios por el pan en París y Versalles, y en Saint-Denis, y durante los mismos, un panadero y un funcionario municipal fueron muertos por la gente encolerizada, y a otros los amenazó con colgarlos de la temida *lanterne*. Hardy observó que, a partir de mediados de setiembre, el papel principal en la agitación estuvo a cargo de mujeres de los mercados y los Faubourgs, y que ellas tomaron la iniciativa y dirigieron a sus hombres en la marcha hacia Versalles.[11]

Pero correspondió a los hombres del círculo del duque de Orléans lanzar la llamada a la acción que, como el 12 de julio precedente, arrancó ecos en los jardines del Palais Royal. Temprano en la mañana del 5 de octubre las mujeres de los mercados centrales y el Faubourg Saint-Antoine invadieron el Municipio, reclamando pan y buscando armas. Frente al edificio se les unió Stanislas Maillard, funcionario judicial y capitán de los Voluntarios de la Bastilla, a quienes convencieron de que las llevase a Versalles para presentar sus reclamaciones al rey y la Asamblea Nacional. De modo que, encabezadas por Maillard, marcharon hacia Versalles con una fuerza de seis a siete mil personas "armadas con palos de escoba, lanzas, horquillas, espadas, pistolas y mosquetes", atravesaron Chaillot y cruzaron el Sena por Sevres.[12] Mientras marchaban cantaban, según dice la tradición, "Atrapemos al panadero, a la esposa y al hijito del panadero". Pocas horas más tarde siguieron 20.000 Guardias Nacionales de los distritos de París, que habían obligado al renuente La Fayette a ponerse a la cabeza, y una abigarrada banda de civiles armados con mosquetes, estacas y picas. En vista de este impresionante despliegue, el rey no necesitó mucha persuasión para impartir la orden de que se aprovisionase a la capital y se aprobasen los Decretos de agosto, detenidos durante mucho tiempo, y la Declaración de Derechos. Pero estas

concesiones no bastaron para satisfacer a los insurgentes, y al día siguiente el rey y su familia, que habían desperdiciado la última oportunidad de buscar refugio en la fuga, se vieron obligados a acompañar a los manifestantes de regreso a París, donde se les unió diez días después la Asamblea Nacional. De modo que la monarquía francesa, después de una ausencia de más de un siglo, regresó brevemente a su hogar ancestral.

Gracias a esta segunda intervención del pueblo de París, se consolidaron las conquistas de la revolución de julio, tanto la "popular" como la "burguesa". El rey estaba ahora bajo la mirada vigilante de la Asamblea, el gobierno municipal de París y los distritos; el partido "inglés", con su programa más conservador, ahora se veía definitivamente desacreditado, y sus líderes imitaron a Artois y Condé y se exiliaron; y el poder pasó firmemente a manos de los monárquicos "constitucionales". Pero habían sobrevivido sólo porque, bajo la apremiante compulsión de los hechos, se habían mostrado dispuestos a hacer causa común con el pueblo que, en el marco de sus propios objetivos y sus quejas, compartía con aquéllos el temor y la suspicacia frente a la aristocracia. En este sentido, la revolución de 1789 fue el resultado de una alianza que dejaría su impronta sobre el curso entero de la Revolución en Francia.

De todos modos, la alianza de la burguesía y el pueblo de ningún modo fue fácil, estable o fluida. Incluso entre los vencedores de octubre, había muchos que, como no compartían el entusiasmo que Barnave sentía ante el papel de los parisienses, lo consideraban con aprensión; y una vez que la insurrección alcanzó sus propósitos, la Asamblea fue persuadida de la necesidad de adoptar medidas para sofrenar las energías revolucionarias del *menu peuple* parisiense mediante la imposición de la ley marcial, la pena de muerte por rebelión y la censura de la prensa radical. La primera víctima de estas restricciones impuestas a la libertad, Michel Adrien, peón de la Bastilla, fue ahorcado el 21 de octubre porque intentó provocar una "sedición" en el Faubourg Saint-Antoine; y se impuso severa vigilancia a Marat, el popular periodista del *Ami du peuple*. Pues ahora que había conquistado su victoria sobre el "privilegio" y el "despotismo", la burguesía deseaba paz y tranquilidad para abordar su tarea de dar una constitución a Francia.